

JORGE NEGRETE

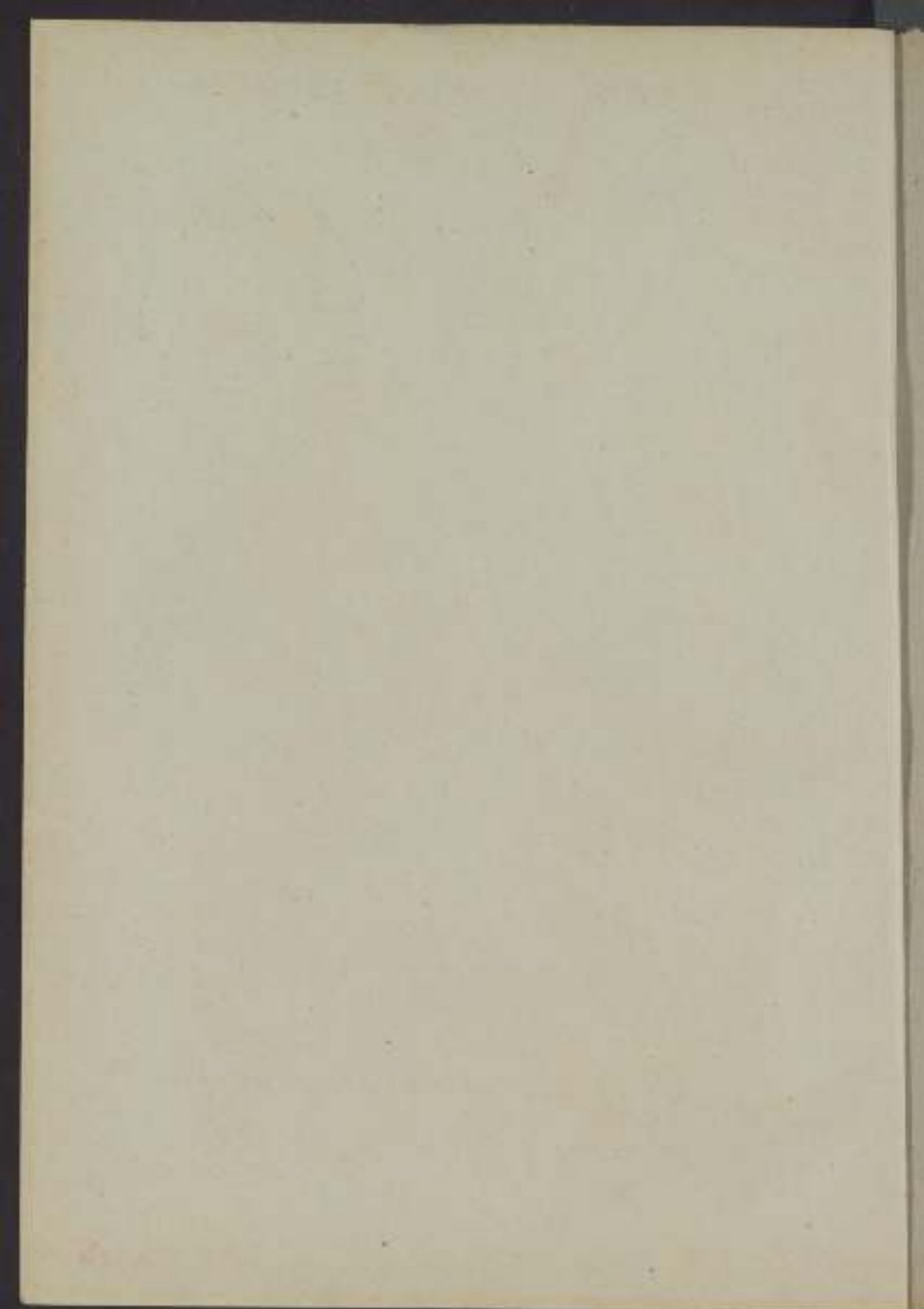
GLORIA MARIN

*Ediciones Biblioteca Felnor  
Serie Especial*

Editorial **Alas**

# UNA CARTA de Amor







UNA CARTA  
DE AMOR

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 234 - Teléfono 70537

BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION  
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbú, 16, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL  
**"ALAS"**



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 361

NUM. 112

## UNA CARTA DE AMOR

Más de leyenda que de novela tiene la romántica narración de los amores de Marta con el apuesto oficial de ejército que no podía sufrir el martirio de ver a su patria oprimida por el invasor y el destino quiso que en un momento culminante de sus actividades políticas conociera a la mujer cuyo recuerdo había de llenar toda su vida.

---

---

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65, 2.º



FLORALVA

BARCELONA

Calle Mallorca, 284, pral.

**PRINCIPALES INTERPRETES**

---

<i>Alfredo</i> . . . . .	<i>Jorge Negrete</i>
<i>Magda</i> . . . . .	<i>Gloria Marín</i>
<i>Arturo</i> . . . . .	<i>Andrés Soler</i>
<i>Nana Lupe</i> . . . . .	<i>Emma Roldán</i>
<i>La madre de Marta</i> . . . . .	<i>Mimi Derba</i>
<i>Melquíades</i> . . . . .	<i>C. R. Frausto</i>
<i>Pepe</i> . . . . .	<i>A. Chiangueroti</i>

---

Director:

**Zacarías**

---

---

Narración literaria por  
**Marcos Estrada**



---

---

## PROLOGO

La encantadora tierra mejicana se hallaba en el año 1864 atravesando una de esas convulsiones políticas que tanto han perjudicado ese hermoso país, albergue de un romanticismo que arraigó en él al desembarcar allí los primeros españoles con Hernán Cortés al frente, dividiendo al pueblo en dos bandos, juaristas y conservadores, dispuestos unos y otros a morir antes que rendirse.

El grupo llamado conservador, contando con menos fuerzas y menos arrojo que los juaristas, o liberales, pidió ayuda a Napoleón III, y éste, rememorando procedimientos de su ascendiente Napoleón I, tuvo para Méjico un rey, Maximiliano, quien, acompañado de su esposa, Carlota, y las correspondientes tropas, invadió Méjico, entronizándose allí apoyado por los conservadores.

No podían mirar los liberales cómo se invadía su patria y cómo soldados de habla extranjera mandaban y atropellaban al pueblo con todo desdén.

La conspiración para derribar y expulsar al invasor surgió espontánea, y los liberales, tras sangrientas luchas, en 1867, tres años después de su llegada a Méjico, capturaban a Maximiliano en Queretano y le fusilaban, dando así por terminado un mando que nunca gozó de simpatía en el país.

Pero como, aunque se riñan guerras, estallen revoluciones y se conspire en los salones, en las calles, en las tabernas y hasta en las iglesias, Cupido nunca está de vacaciones, quiso aquél un

día que, en circunstancias originales e inesperadas, uno de los conspiradores se pudiera salvar de las garras de los franceses cuando éstos estaban a punto de apresarle en una ermita o santuario situado en pleno monte.

Apenas cambiaron una mirada y dos palabras; pero el pequeño dios de los ojos vendados había disparado tan certeramente sus flechas, que él y ella habían quedado mortalmente heridos en el corazón, y aun cuando en aquel instante creyeron no volver a verse jamás e ignoraban también uno y otro quiénes eran, la llama del amor había prendido en sus pechos.

La cárcel de aquella ciudad era lóbrega, porque los que allí se alojaban no permanecían en ella muchos días. No hacen falta comodidades ni a los presos se les tienen grandes consideraciones. Un camastro y muchas rejas es lo único que necesitan aquellos traidores que han osado sublevarse contra el invasor.

Por un ventanucho enrejado que mira a la montaña y desde el cual se divisa el santuario, penetra un rayo de luz que ilumina la figura de un hombre joven en mangas de camisa. Está de espaldas, pero su actitud es bien elocuente.

Oye las pisadas de los soldados que se acercan por el corredor, y sabe de antemano qué es lo que van a comunicarle. Es por esto que puede escuchar con indiferencia el rechinar del cerrojo enmohecido y la voz de mando de un teniente que tiene grandes dificultades para expresarse en español.

El preso no se inmuta cuando el teniente se coloca a su lado para leerle la sentencia. Sigue apoyado contra la ventana y deja que el otro trate de descifrar las difíciles frases legales con que un tribunal acaba de condenar a un patriota.

Resultaba muy difícil para el teniente la misión que le había sido confiada y la actitud del reo la empeoraba todavía más. Pero era indispensable dársela a conocer y esto se haría, estuviera el culpable de espaldas o de cara. Tosió varias veces el militar, y cuando tuvo la garganta bien despejada, chapurreó en un castellano, acentuando las palabras a la francesa, la siguiente sentencia:

«El tribunal ha otorgado sentencia. Atendiendo que el acusado es reo del delito de rebelión a mano armada, se le condena a la máxima pena. La ejecución tendrá lugar a primera



horá de la mañana: Un sacerdote le ofrecerá auxilios espirituales, él si deséa hazer alguna petición puede hazerla.»

Las últimas palabras del franchute habían logrado arrancar una palabra del reo.

—¡Gracias!—Dio media vuelta y miró cara a cara al que le había comunicado que había de morir en la madrugada del día siguiente—. Quisiera morir con la misma guerrera que llevaba puesta cuando fui detenido.

—Pasaré su petición al general.

Poco rato después, el teniente trasladaba la última voluntad del reo al general y éste autorizaba el último deseo de aquel hombre víctima de su patriotismo a condición de que se registrara bien el uniforme del rebelde.

—Mi general, encontramos esta carta en la casaca del reo.

El teniente ofreció al general una carta de varios pliegos.

—¿Una carta de amor?—preguntó el bigotudo general francés—. ¡Ah, siempre la «femme»!

Y cogiendo la carta de manos de su subordinado, la pasó por debajo de su nariz y puso los ojos en blanco. Desdobló los pliegos y leyó las primeras líneas:

«Quisiera encontrar las frases más dulces y cariñosas para que esta carta te dijera el porqué me he marchado... Siempre, desde que te conocí en el santuario, sentí que nuestras vidas habían sido unidas por el destino y que al fin nos hablamos encontrado...»

### EN EL PALACIO DE LOS MIRELLES

Era la casa de los Mirelles uno de los palacios más lujosos de la ciudad, y cuando murió el dueño de aquella mansión, dejando viuda y dos hijos, Pepe y Marta, los que sabían que la hacienda de Mirelles no estaba muy saneada creyeron que se cerrarían aquellas puertas o que tal vez se pondría en venta la propiedad. Los que así creían se llevaron el gran chasco, porque se continuó viviendo con el mismo fausto y pompa, sin que nada hiciera pensar que allí faltaban medios para seguir siendo una de las casas más ricas y bien atendidas, la mejor entre las mejores.

La viuda Mirelles, cuando la conocemos, es una señora que está frisando en los cincuenta y cinco años. Guapa todavía y muy elegante, disfruta con todo lo que sean perifoneos. No es que pretenda agradar a nadie ni mucho menos. Fiel a la memoria de su marido, a quien quería de verdad, considera que su obligación está ahora en conservar la posición social en que siempre ha vivido para casar a su hija Marta lo mejor posible, por ser ésta la única manera de poder algún día saldar las deudas que poco a poco se van acumulando sobre ella. Pero aquella dama era valiente y tenía suficiente personalidad para acallar cualquier murmuración que se iniciara contra la ostentación del palacio de Mirelles.

La salita donde se encontraba la señora Mirelles intentando

abrir una cajita que acababa de llegar de la aduana, estaba amueblada con gusto y riqueza. Encima de la mesa habían dos cajas: una pequeña como una sombrerera y otra cuadrada, algo más grande. Fué fácil de abrir la caja pequeña, y de ella salió un sombrerito con un velo colgando que entusiasmó a la dama.

—¡Qué encanto! ¡Qué cosa más «chica»! —decía mientras corría hacia un espejo para probarse aquella creación de la «Rue» de la Paix.

Una doméstica ya entrada en años, aunque más joven que su ama, observaba cómo ésta se contemplaba en el espejo cuando de repente entró en la habitación un joven vistiendo un pantalón de militar y mangas de camisa. Llevaba la guerrera en el brazo.

—¡Nana Lupe, pégame ese botón!—dijo el joven a la criada, y cogiéndola en vilo, le hizo dar un par de volteretas.

Todo lo tomaba a bien Nana Lupe. Había visto nacer a los dos hijos de la casa y sentía por ellos tanto afecto como su misma madre.

—No seas loco, hijo—dijo la madre—. Mira qué cosas tan encantadoras han llegado hoy de París.

Pepe Mirelles se dirigió adonde estaba su madre luchando de nuevo con las ataduras de la caja grande, y la besó.

—No puedo abrir esta caja, Pepe—observó la madre, ansiosa por conocer el contenido de aquel embalaje.

—Nada más fácil—contestó su hijo. Y cogiendo unas tijeras que había encima la mesa, cortó las ataduras.

Sonrió la madre al ver la fácil solución que había dado Pepe al problema, y se apresuró a levantar la tapa, donde descubrió bajo varias hojas de papel fino un encantador traje de noche para su hija Marta.

—¡Qué maravilla!—exclamó extasiada mientras sacaba la lujosa prenda de su envoltorio.

Por la puerta que había en el fondo de la habitación apareció una joven encantadora, una belleza clásica, de líneas correctas y porte muy distinguido.

—Ven, Marta, mira lo que acaba de llegar de París.

Corrió la joven hasta donde se hallaba su madre, y examinó los tesoros que contenían aquellas cajas. El vestido de noche fué

lo que más la cautivó, y cogiéndolo con sumo cuidado, lo colocó encima del que llevaba para ver el efecto que produciría. Se acercó al espejo.

—Mamá, me quedo pasmada. ¡Qué hermoso es todo!

Miró detenidamente los bordados y exhaló un pequeño suspiro.

—¡Es magnífico! Pero, mamá, ¿cómo vamos a pagar todo esto?

La señora Mirelles no oyó, o hizo como si no hubiese oído el comentario de su hija.

—No hay como mandar a buscar las cosas a París directamente. Esto es «haute couture»; bien se conoce.

—Es un dulce, mamá; es precioso.

Pepe Mirelles había estado observando todo el entusiasmo de su madre y hermana por las ropas que acababan de recibir. Nana Lupe había desaparecido y él seguía con el botón sin coser.

—Bueno, me pegan el botón o no; si no, me marchó, que lo necesito para hoy.

—Esto cuesta una fortuna, mamá—continuaba Marta mirando el contenido de ambas cajas.

Pepe cogió su guerrera y la entregó a su madre. Esta, andando arriba y abajo de la estancia comentando la riqueza de las nuevas prendas, empezó a coser el famoso botón mientras Marta seguía mirando el vestido.

—Toma, hijo, aquí tienes el botón cosido y déjanos en paz, que tenemos mucho que hacer nosotros.

Salió el muchacho de la habitación sonriendo al pensar en lo trivial de los quehaceres de su madre y de su hermana.

—No puedo vivir sin esas cosas finas y delicadas; son mi vida, Marta. Me gustaría vértelo puesto.

—Pues voy a probármelo en seguida.

—No tenemos tiempo para pruebas ahora.

Marta interrogó a su madre con una mirada. ¿No tenía tiempo?

—Espero la visita del coronel Gonzalón.

La sonrisa desapareció del bonito semblante de Marta en cuanto oyó el nombre del coronel, y en aquel instante apareció Nana Lupe en la puerta.

—Señora, está ahí el coronel Gonzalón.



—¡Sí! Hazle pasar al salón, Lupe; dile que aguarde un momento, que estamos con él en un instante.

—Le he hecho pasar al salón, le he dicho que esperara un momento, que ustedes estarían con él en un instante—repitió irónica Lupe demostrando sentir poca simpatía hacia el coronel.

Se retiró la criada y la señora Mirelles se acercó a su hija.

—Marta... Arturo quiere pedirte relaciones. Es rico, es amable, es un perfecto caballero.

—¡Un perfecto caballero!—repitió Marta con desdén.

—Hija mía, desde que murió tu padre, después que hubo dado permiso a Pepe para que siguiera la carrera militar, es gracias a Arturo Gonzalón si yo vivo. Siempre estaba en una zozobra. Que si lo trasladan al monte, que si lo mandan a la costa, y gracias al coronel he podido estar tranquila. El se ha ocupado siempre de tu hermano y no se ha movido de aquí. Te ruego que no lo desdeñes.

Marta permanecía de pie con la misma expresión de desprecio que había aparecido en su semblante al enterarse de que el coronel estaba esperando en el salón.

—No te digo que te cases con él mañana; pero procura ser más amable.

En el suntuoso salón de contianza de los Mirelles, amueblado con el lujo que imperaba en toda la casa, estaba esperando un hombre delgado, de media estatura, vestido de militar. Mientras aguardaba se miraba en un gran espejo situado sobre el sofá. Su aspecto era de unos cuarenta y cinco años, o tal vez más. No parecía serle grata a él su propia figura, porque se volvió rápidamente, colocándose de espaldas al espejo. Llevaba la fusta en la mano, y con ella se daba ligeros golpes a las botas de montar. Parecía estar impaciente y no se sentaba.

Por fin se abrió la puerta y apareció la señora Mirelles seguida de su hija. Marta estaba encantadora con un sencillo vestido de plumetis blanco cortado a la última moda de la época.

—Mi querido coronel—dijo la dama estrechando la mano del soldado— Cuánto me alegro de verle por aquí. Pero estoy ocupadísima. Marta le hará un rato de compañía y usted me disculpará.

—No faltaría más, señora. ¿Qué tal, señorita Marta?



La señorita Marta alargó una mano rígida a su visitante, que él estrechó con nerviosidad. La señora Mirelles iba a retirarse cuando el coronel la llamó.

—Tome usted, señora, los recibos de toda la mercancía que ha llegado de París. Todo está pagado.

Arduvo unos pesos para alcanzar a la dueña de la casa y le entregó varios papeles.

—Gracias, coronel, muchas gracias; todo se le pagará en su día. Me disculpa, ¿eh?; tengo mucho que hacer.

Cerró la señora Mirelles la puerta del salón y Marta y el coronel quedaron ambos de pie mirándose. El silencio no podía ser más violento; pero Arturo Gonzalón no encontraba palabras para romperlo, porque los ojos de Marta amenazaban tempestad. Ella fué quien supo lo que decir.

—¡Malvado! Explota usted la vanidad de mi madre y hace todo lo que puede para precipitar nuestra ruina.

La fiereza de Marta se contagió al coronel, y también en tono iracundo le dijo:

—Esto sólo lo sabe usted porque yo se lo he dicho.

—Y si no me lo hubiese dicho, lo habría adivinado. Sus intenciones son lo suficiente claras.

—Señorita Marta...

—¿Cómo puede ser tan ruin?

Marta y el coronel seguían de pie. Ella, contra una butaca y él, andando, golpeando ligeramente las botas de montar con la fusta.

—¿Usted cree tal vez que la quiero? ¡No! Esto lo hago para humillarla, para verla vencida, para dominar este orgullo—decía Gonzalón sonriendo diabólicamente.

—¡Salga de aquí inmediatamente o llamaré a mi madre!

—No se moleste en llamar a nadie, porque nadie vendrá a ayudarla.

El miedo cruzó por los ojos de Marta; pero tomó la firme resolución de defender su terreno hasta el último palmo. A ella no se la compraba con perfitillos ni trajes de París. Ella no tenía ningún compromiso con aquel hombre bilioso y antipático que jamás encontraría ninguna mujer que le quisiera.

Marta dió un paso hacia la puerta.

—No se vaya—dijo el coronel cambiando de tono—; he venido para resolver este asunto, puesto que usted sigue despreciándome. Mandaré a su hermano Pepe a la costa a morir de fiebre amarilla.

El cariño que Marta sentía por su único hermano Pepe era grande y el coronel no lo ignoraba. Sabía muy bien que tanto la madre como la hermana adoraban al muchacho y ésta era su arma segura.

Marta sintió que las piernas le flaqueaban y se sentó en el sofá. La angustia había sustituido a la ira que brillaba en sus ojos.

—Está usted indefensa, vencida...

—¡Cobarde!—dijo la joven esforzándose.

—No soy un cobarde. Cobarde es aquel que oculta sus pensamientos; yo no, yo hablo y digo lo que siento. Marta, usted cree que estoy loco, loco de amor por usted.

Por más que el coronel quería aparentar que estaba sereno, se le hacía difícil dominar sus nervios ante la pasividad de Marta.

—Ya sé que usted no me querrá nunca, y si algún día llega a besarme, sé que lo haría con asco. Ha logrado hacerme perder el dominio de mí mismo, Marta. Si es esto lo que quería, lo ha conseguido.

El coronel hizo un esfuerzo para calmarse y dio unos pasos por la habitación. Marta se había conmovido.

—Coronel, con un poco de bondad, podría encontrar alguien que le amara.

—¿Usted?

Y por los ojos del viejo soldado pasó un rayo de esperanza.

—¿Quién sabe? ¡Tal vez!

—¿Quién sabe? ¡Tal vez! Siempre las mismas evasivas. ¿Es que las mujeres, cuando quieren decir sí, dicen tal vez? Quiero una contestación concreta. ¿Me acepta? ¿Está usted dispuesta a ser mi esposa?

La señorita Mirelles se había levantado y estaba cerca de la puerta. Con la cabeza muy alta y sin mirar a su pretendiente, contestó decidida:

—¡Sí!

—Vamos a sellarlo con un beso—dijo el coronel acercándose a Marta y ésta abrió la puerta del salón.

—Me odia usted, lo veo en sus ojos. No pida auxilio, no tema; detesto la violencia física.

—¡Mamá! ¡Mamá! El coronel se marcha.

La señora Mirelles llegó presurosa al salón.

—¿Cómo! ¿Tan pronto?

—Tengo el gusto de participarle que la señorita Marta consiente en ser mi esposa.

—¡Oh! ¡Hija mía! Deja que te abrace. Es el día más feliz de mi vida—exclamó la madre viendo con esto la solución de todos sus problemas. Bésame, hija mía; ahora le llamaré a usted Arturo, querido coronel.

Y mientras la madre repartía su alegría entre la hija y el novio, Marta permanecía clavada contra la puerta, completamente ajena a cuanto oía.

### ASI FUE EL PRIMER ENCUENTRO

El sacrificio que Marta hacía por su madre y su hermano no podía confiarlo más que a la Virgen del santuario que estaba no muy lejos de donde vivía, y también era confidente suya Nana Lupe, que la había visto nacer.

—Mañana, a primera hora, iremos a rezar al santuario, Nana Lupe—dijo Marta al acostarse.

—Que la Virgencita te proteja, mi niña—contestó la criada mientras arreglaba las prendas que su ama había dejado por las sillas.

No fué una noche de reposo la que pasó Marta después de su forzado noviazgo con el coronel Arturo Gonzalón, y apenas había salido el sol, que ya saltó de la cama para ir hacia el santuario.

Acompañada de la criada, recorrió el camino en cuesta que conducía al templo, en el que no había nadie, y ambas se dirigieron al altar mayor para rezar. Pocos minutos haría que habían

penetrado allí cuando se oyeron varios disparos. Las dos mujeres se levantaron sobresaltadas, temiendo la irrupción de algunos maleantes. Mientras miraban hacia la puerta vieron entrar un joven que se tambaleaba como si estuviera herido. Vestía uniforme militar e iba con la cabeza descubierta. Al ver que había gente en la capilla quedó sorprendido; pero la mirada diáfana e inquieta de Marta le tranquilizó.

—¡Estoy herido! ¡Me persiguen los franceses!

Había hablado con cierta energía y, sin duda, el esfuerzo agotó las pocas energías que le quedaban, porque cayó desmayado a los pies de Marta, entre dos altares laterales. Ella quedó mirando a aquel bravo mozo y vio con horror cómo aparecía una mancha de sangre en la blanca camisa.

—¿Qué hacer?—dijo mirando a Lupe.

No tuvo necesidad de meditar mucho, porque los acontecimientos se precipitaron en forma que la obligaron a tomar una decisión rápida.

Se oyeron pasos de varios hombres que penetraban en el santuario y Marta comprendió en seguida que aquel joven que yacía en el suelo era una presa importante para los franceses. No hacía dos minutos que lo había visto por primera vez; pero tomó su partido sin vacilar, y allí, ante la Virgen, decidió salvarle.

El vestido de gran vuelo que llevaba iba a servirle para ocultarla, y se situó delante del herido, logrando taparle.

Un oficial seguido de varios soldados entró en la capilla, y al ver que no estaba vacía, se dirigió a Marta.

—¿Ha entrado aquí?—preguntó el oficial.

—¿Quién?—interrogó Marta a su vez con toda naturalidad.

—Estamos persiguiendo a un espía, y debe estar herido. Huía y nos pareció que había entrado aquí.

—Aquí no ha entrado nadie; hace un ratito que estamos nosotros en la capilla. Pero... capitán, ¿no han oído ustedes el galopar de unos caballos hace cosa de un instante?

—No. Debe haberse dirigido al pueblo, a casa del médico.

—Muchas gracias, señorita—dijo el oficial.

Y en aquel instante se fijó en un pañuelito de encaje que se le había caído a Marta.

Los ojos de la joven también cayeron sobre el pañuelo; pero



ella no se atrevía a moverse para no descubrir al hombre que ocultaba y por la vida del cual estaba sufriendo.

El oficial se agachó y cogió el pañuelo, entregándolo a Marta.

—Señorita,...

—Gracias, capitán—contestó ella sonriendo discretamente.

Salieron los soldados del templo, y cuando sus recias pisadas ya no eran audibles, Marta dió vuelta y se arrodilló junto al herido.

—¡Qué locura! ¿Quién es?—preguntó Lupe.

—¿Qué sé yo!—repuso Marta.

—Voy a llamar al teniente—dijo la doméstica.

—Cuidado que te muevas, Nana Lupe.

El tono autoritario de Marta hizo su efecto sobre Lupe, quien, dirigiéndose al altar mayor, se persignó y exclamó asustada:

—¡Que Dios Nuestro Señor me tenga en cuenta para mis pecados la angustia que estoy pasando yo!

Marta vió que el herido abría los ojos y los fijaba en su semblante. Haciendo un esfuerzo logró hablar.

—Tengo que ir al pueblo, estoy herido, el médico... ¿Tiene una venda?

Sin vacilar ni un instante, Marta se apartó a un rincón y arrancó un espléndido volante de sus enaguas, con el que corrió a socorrer al herido.

—Gracias—contestó el soldado haciendo un montoncito con aquella ropa y aplicándolo a la herida.

Nuevamente se oyeron recias pisadas en el templo y esta vez eran tres charros de aspecto dudoso.

—¿Por dónde andarás?—dijo uno de ellos.

—¡Vámonos, señorita!—dijo Lupe asustada.

—No; hemos de saber cómo acaba esto, y piensa que tan culpable eres tú como yo, porque también le has dicho al teniente que aquí no había entrado nadie.

Los hombres se habían acercado a Marta y vieron al herido.

—Se ha desmayado otra vez—dijo ella.

—Señorita, ¿por qué ha de ocuparse usted de un bandido?

—¡Señora!—contestó indignado uno de los que acababan de entrar—. ¡Somos liberales! ¡Soldados de la República que no queremos saber nada con el invasor!



—Deben llevarle inmediatamente a casa del médico si ustedes son sus amigos—dijo Marta ansiosa.

—Esto es lo que haremos.

Y dos de los que habían entrado le cogieron en brazos y salieron fuera del santuario.

Les siguió Marta para ver cómo le trataban y al mismo tiempo para cerciorarse de que el capitán francés y sus soldados no anduvieran todavía por allí. La soledad que reinaba en la montaña era completa y la joven vió cómo uno de los hombres montado ya a caballo se hacía cargo del herido y bajaba con él la cuesta con mucho cuidado.

Marta exhaló un suspiro. ¿Por qué? Sintió una gran tranquilidad al ver que había dejado a aquel herido en buenas manos.

—¿Quién es?—preguntó Lupe.

—No sé; es la primera vez que le veo.

—¡Que la Virgen de Guadalupe nos ampare!

### OTRA VEZ CARA A CARA

La satisfacción que la señora Mirelles sentía por el noviazgo de su hija con el coronel Gonzalón no es para ser descrita. Esta unión con el rico e influyente soldado aseguraba la carrera militar de su hijo Pepe y daba fin a las angustias económicas que la buena señora había experimentado desde la muerte de su esposo. Sus costumbres de derroche eran tan arraigadas, que al disponer de menos bienes de fortuna se le ocurrió todo menos reducir gastos, lo que hizo que aumentaran las deudas. El coronel corrió en su auxilio porque había fijado sus ojos en Marta desde que era una niña y encontró que la madre estaba bien dispuesta a sacrificar a la muchacha con tal de que ella pudiera seguir ocupando su palacio y gastar cuanto quisiera. El coronel era un hombre de aspecto repugnante, y tal vez por la fuerza del contraste hacia que adorara lo hermosop, lo bello, y difícilmente se hubiese

encontrado en todo Méjico una chica más bella y encantadora que Marta. Ella se prestaba al sacrificio por cariño a su madre y a su hermano y también porque tenía el corazón libre. No amaba a otro todavía.

La noticia del compromiso con el coronel circuló rápidamente entre las amistades de las dos familias y la señora Mirelles creyó oportuno ofrecer una fiesta a sus amigos para comunicar oficialmente el noviazgo y próxima fecha de boda.

Las arañas de cristal del gran salón de fiestas del palacio Mirelles se colmaron de bujías, se pusieron en orden los cortinajes y todo se preparó para celebrar en él un gran baile al que asistiría lo mejor de la población. En la cocina se prepararon pasteles y los músicos más acreditados amenizarían la reunión tocando polcas y rigodones, mazurcas y «quadrilles». Marta observaba todos aquellos preparativos con indiferencia, aunque sin hostilidad. Había dado su palabra y estaba dispuesta a cumplirla. Tendría ocasión de lucir uno de los encantadores vestidos que había recibido de París y luego...

Llegó la noche de la fiesta en la que la señora Mirelles vistió sus mejores galas y también Marta resultaba una figura ideal en su elegante traje de ancho vuelo. La animación reinaba en el salón y la orquesta tocaba los primeros bailes que eran aprovechados por la juventud. Marta no bailaba. Era el centro de una reunión de varios jóvenes que la admiraban de verdad. El coronel y la señora Mirelles recibían a los invitados.

—¿Dónde está Marta?— preguntó su madre.

—No sé —contestó el coronel, vestido de gran gala.

No podía ser que la novia anduviera por sus respetos y la señora Mirelles salió en su busca.

Pasó de un salón a otro y al fin la encontró hablando con aquel grupo de muchachos.

—¡Marta! —dijo la madre en tono autoritario.

—Ustedas perdonen, mi madre me llama.

Se apartó la joven de sus admiradores y se reunió con su madre.

—¿Qué deseas, mamá?

—Esta es la hora, hija mía, que no te he visto cambiar una palabra con el coronel. ¿Crees tú que esto está bien?

—Mamá, no sé que decirle al coronel.

—¿Es posible? Un hombre que ha sido tan bueno con nosotros, que te quiere tanto, que te adora... ¿No te has puesto las joyas que te ha regalado?

—No. Lo comprendo todo, pero no comparto sus sentimientos. Le acepté por ti y por Pepa, mamá, pero no me pidas más sacrificios.

—Acompáñame, ahora está en otro salón con el visitador y sus oficiales. Quiero que te encuentre allí cuando salga.

Marta siguió dócilmente a su madre, subió los cuatro peldaños que separaban el salón de baile de la galería de pinturas y permaneció allí de pie aguardando que el coronel terminara con sus visitas. Desde donde se había situado Marta se dominaba todo el salón de baile y paseó la vista perezosamente por el espacio hasta que sus ojos se fijaron en un oficial que estaba a cierta distancia. Las parejas que seguan bailando descubrían y ocultaban a aquel personaje y aunque ella le reconoció al instante quiso cerciorarse de ello. Olvidó las recomendaciones de su madre y pasando por entre los que bailaban fué adelantando hacia él. En el mismo momento en que ella le había descubierto, también el soldado se había dado cuenta de su presencia y se puso a andar para reunirse con la joven. Cuando estuvieron a una distancia de menos de un metro ambos se pararon e interrogaron con una mirada larga y profunda. En aquel instante Cupido disparó su segunda flecha. La primera había sido disparada en el santuario. Ambos sintieron que la herida resultaría mortal.

Marta tuvo la sensación de que se encontraba ante un viejo amigo y le preguntó con toda naturalidad:

—¿Y su herida?

—Completamente curada. Sus manos obraron el milagro.

—¡Oh! Cuánto me alegro, pasé un rato de angustia.

—Y de peligro, señorita; fué usted muy valiente. La admiro.

—Seguí un impulso, sin darme cuenta de lo que hacía.

—¡Usted me salvó y se lo agradeceré toda la vida!

Las palabras eran sencillas, pero eran pronunciadas con intención y acompañadas de unas miradas que no daban lugar a dudas. Marta sentía que no podía separarse de aquel bravo sol-

dado que tanto la había interesado desde el primer momento y al que no pensó ver jamás. Ahora le tenía de nuevo ante sí. Joven, gallardo, vistiendo el uniforme de oficial de la república y mirándola con ojos de enamorado.

Por un momento pareció que ni uno ni otro sabía que decir. Marta dio en un recurso.

—¿Quiere usted bailar conmigo?

Sonrió satisfecho el soldado.

—Es lo que iba a preguntarle ahora mismo, señorita. Un momento, por favor.

Se separó de la joven y cruzando el salón para subir hasta la galería que un momento antes había abandonado Marta, se dirigió a otros dos oficiales que aguardaban la despedida entre el coronel y el señor visitador que vestía de paisano.

—Me quedo a la fiesta—dijo el enamorado oficial—. Podéis marcharos.

—Buenas noches, coronel—dijo el visitador.

El coronel Gonzalón estrechó la mano del caballero y de los oficiales, sin parar atención en que uno de ellos volvía al salón de baile.

Marta estaba esperando en el mismo sitio y él se reunió con ella. Las parejas se disponían a bailar un «equadrille», baile muy a la moda en aquellos días y bastante parecido al rigodón. Era costumbre que alguien cantara unas coplillas al iniciarse el «equadrille» y el director de orquesta se dirigió a los invitados.

—¡Señoras, señores! Vamos a tocar el «equadrille» de «Los compadres», si alguna señorita y algún caballero conocen las coplas, les agradeceremos que las canten.

Las parejas se miraron unas a otras. Marta miró a su compañero.

—¿Conoce usted la letra de «Los compadres»?

—Sí—asintió el soldado.

—Maestro—dijo Marta en voz alta.

—Diga, señorita Marta.

La joven se limitó a señalar a su pareja y a sí misma. Fué suficiente para el profesor.

—Muchas gracias, señorita Marta, vamos a empezar.

Todas las parejas estaban en su sitio cuando la orquesta



tocó los primeros acordes del «quadrille» y se iniciaron las primeras reverencias. Llegó el momento de cantar la copla y el compañero de Marta, con una bien educada voz de tenor, cantó la primera estrofa:

Un compadre a su comadre  
le dijo en cierta ocasión:  
—No esté triste, comadrita,  
deme usted su corazón.

Mientras cantaba miraba a la joven, dando tanta expresión como podía a sus palabras. Ella le contestó:

La comadre dijo al poncho:  
—Ya no tengo corazón,  
que se lo llevó el difunto,  
su compadre Pantaleón.

Sonriendo alegremente vino la réplica:

—¿Qué no sabe, comadrita,  
que mi compadre al morir  
me encargó que la cuidara  
y que la hiciera feliz?

Con un gracioso gesto de resignación, bajando los ojos y sonriendo picaramente, Marta cantó la última letrilla.

—Si es así como lo dice,  
debo, pues, obedecer;  
la voluntad de un difunto  
respetada debe ser...

Guiñó maliciosamente el ojo Marta al oficial y continuaron bailando el «quadrille» de estudiadas figuras sin que nuestra pareja cambiara más que miradas ya que el baile les privaba de toda conversación.

El coronel, junto a la señora Mirelles, observaba la animación cuando se le acercó un oficial.

—Mi coronel, perdone que le moleste; acaba de llegar un soldado herido que dice que trae una valioso información.

—¿Dónde está?

—Le he hecho esperar en el despacho.



—Voy inmediatamente a hablar con él. ¿Me disculpa, señora?

—No faltaba más, está usted en su casa.

En el despacho aguardaba un soldado que presentaba una herida en el brazo.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gonzalón nervioso.

—Nosotros íbamos acompañando al señor visitador cuando nos han salido unos hombres al encuentro, han robado la información que mi coronel había entregado al visitador y se lo han llevado preso. No han matado a nadie, pero han herido a varios de nosotros. No nos ha sido posible defendernos porque nos han cogido desprevenidos.

La contrariedad retorció el semblante de Gonzalón.

—Y la información que yo había entregado al visitador es muy valiosa... Que curen a este hombre. Afortunadamente se ha quedado en la fiesta uno de los oficiales que acompañaban al visitador. Guarden todas las puertas, pero no digan nada porque no quiero escándalo en estos salones.

Dadas estas terminantes órdenes el coronel salió del despacho queriendo disimular con una sonrisa, que no era más que una mueca, su gran contrariedad.

El «cuadrille» había terminado con un airoso vals que Marta seguía bailando con su pareja ideal. Era el vals «Carta de amor», cuya letra también conocía el galán.

—Voy a cantarla en honor de usted, Marta.

—Gracias.

### «CARTA DE AMOR»

Carta de amor,  
que tu bella mano escribió,  
y que mi esperanza  
llenó de ilusión.

Carta de amor,  
dulce mensajera de luz,  
páginas escritas  
de tu corazón.

Carta de amor,

que nuestros destinos unió,  
y como una flor  
perfumó mi dolor;  
ella será  
mi fiel relicario de amor,  
mi más tierna carta de adiós,  
carta de amor...

Todas las parejas e incluso los que no bailaban estaban pendientes de la simpática voz del compañero de Marta; y cuando acabó de cantar escuchó cálidos aplausos.

Había terminado aquel baile, pero ellos dos no se separaban. Marta le condujo hasta la terraza y allí continuaron la conversación que el baile había interrumpido.

El coronel buscaba con la vista al oficial que había abandonado al visitador para quedarse en la fiesta. No le veía en parte alguna y se acercó a uno de sus hombres.

—¿Dónde está?

—Se halla en la terraza hablando con la señorita Marta.

—Bien.

Con paso vacilante, pero que quería ser firme, Gonzalón dirigióse a la terraza donde pudo ver a Marta muy interesada en la conversación de su galán compañero. Incluso para quien no estuviera enamorado de la señorita Mirelles saltaba a la vista que no le era indiferente el joven que la escuchaba.

La presencia del coronel sorprendió a los enamorados, quienes permanecieron a la expectativa.

—Marta, su mamá la llama.

La información les tranquilizó y ella dijo:

—Discúlpeme un momento, espéreme aquí que volveré.

El coronel se colocó a la izquierda de Marta y la acompañó a través de los salones hasta llegar a la galería de pinturas.

—¿Dónde está mamá? No la veo en parte alguna.

—No ha sido su mamá quien la necesitaba, sino yo.

La joven dió un paso desandando el camino que había hecho.

—Espere un momento, Marta. No sé de felicitarla porque me ha puesto usted en ridículo. No se ha dignado bailar un solo baile conmigo, convirtiéndome en el hazmerreir de la fiesta.

Hablaba en voz baja, pero acentuando las palabras para herir a la joven que le escuchaba con cierta indiferencia.

—La felicito también porque gracias a su coquetería hemos podido coger a un espía que había venido como ayudante del visitador.

Marta perdió el dominio de sus nervios al oír las palabras del coronel.

—¡Imposible!

Sonrió Gonzalón satisfecho al ver la impresión causada en Marta.

—Vea la guardia que he colocado en todas las puertas de la casa y no es precisamente para rendirle honores. Ahora aquel hombre pagará con la vida una frivolidad de usted. ¡Puede volver a la terraza!

No se lo hizo decir Marta dos veces. Sin precipitarse abandonó al coronel para volver a la terraza donde la aguardaba su admirador. Al verla tiró el cigarrillo que había encendido.

La expresión de Marta, tan distinta de cuando le había dejado, alarmó al oficial.

—¿Por qué no me lo dijo? Yo le invité a bailar y ahora por culpa mía va a sufrir usted. Debe irse.

—¿irme yo?—dijo sonriendo—. ¿irme ahora cuando he vuelto a encontrarla después del recuerdo del día en que la conocí en el santuario? Desde el primer momento sentí la impresión de que la había conocido antes, aquello fué una cita que nos ofreció el destino y hoy la he vuelto a encontrar... Esta cita se hizo allá... en el tiempo y, ¿qué me importa ya la vida si me ha permitido vivir este instante de felicidad?

Se acercó a ella cogiendo sus manos y tuvo la intención de besarla, pero en aquel momento aparecieron otras parejas en la terraza y rompieron el encanto.

Desde allí se oía la música de los salones que tocaba una alegre mazurca.

—¿Bailamos? Mientras bailo estoy seguro, porque el coronel no querrá dar un escándalo en plena fiesta, ¿supongo?

Asintió la joven a la proposición, y cogiendo a su galán del brazo penetraron nuevamente en los salones y pronto se confundieron entre las demás parejas.

Aunque el peligro que acechaba al oficial conspirador era muy grave, la felicidad que para él significaba estrechar entre sus brazos a Marta le compensaba sobradamente. Bailaban acompasadamente sin hablar, cambiando de vez en cuando una mirada. Marta se había dado cuenta de que había incurrido en la ira del coronel Gonzalón y sabía que éste no perdonaría jamás al ofensor. Por consiguiente era indispensable salvarle, y mientras seguía el compás de la airosa mazurca su imaginación buscaba el medio de hacer huir a su admirador. Los que contemplaban a las parejas que bailaban y veían a Marta y a su compañero balancearse graciosamente, nunca hubieran podido sospechar que bajo aquel aspecto indiferente de los dos jóvenes se ocultaba una tragedia.

Marta levantó la vista hasta encontrar los ojos de su compañero. El correspondió a su mirada.

—Creo que he encontrado el medio de ayudarle a usted a escapar de las iras del coronel Gonzalón.

Sonrió desdeñosamente el soldado al oír el nombre del coronel.

—Sí, no puedo consentir que le hagan prisionero en mi casa, puesto que es mía la culpa si se ha quedado usted.

—¿Culpa? ¿Quién habla de culpas? Nuestro encuentro de hoy como el del otro día ha sido una cosa predestinada y nadie me robará la felicidad que ahora tengo.

—Pero es necesario salir de aquí, coméndalo.

—Demasiado lo comprendo, Marta...

—Esta casa tiene una fachada, la posterior, que da a una callecita estrecha y algunas de las habitaciones tienen una ventana que da a esa calle. Es cuestión de que en un momento en que la gente esté distraída gane usted la escalera y busque una de esas ventanas para saltar.

—¡Sí! Pero ya tengo tiempo, es tan delicioso este baile.

—Sí, también yo quisiera prolongarlo algo más, pero cada instante que pasa aumenta el peligro.

—No lo crea.

—Usted lo dice para tranquilizarme. Yo conozco al coronel y no es hombre de perdonar una ofensa.

—Me pondré a salvo en cuanto termine este baile, que no olvidaré jamás.



El soldado estrechó la manecita de Marta y ella bajó los ojos. En la galería se hallaba la señora Mirelles y a su derecha el coronel.

—¿Dónde está mi hija?

—Bailando—contestó secamente Gonzalón.

—¡Esto es el colmo! ¿Pero es que no va a bailar un solo baile con su novio?

—¡Oh, estas muchachas! Ya verá usted cómo esto lo arreglo yo.

—¡Déjela, lo interesante es que la señorita Marta esté contenta y se divierta. Está muy ocupada atendiendo al ayudante del visitador.

La señora Mirelles buscó entre las parejas, y tal como había dicho el coronel, Marta estaba ensimismada con su pareja.

—¡Marta! ¡Marta!

La voz de la madre hizo bajar de nuevo al salón.

—Mi madre me llama, debo atenderle. Aproveche usted la oportunidad para escaparse. ¡Adiós!

—No, hasta muy pronto.

Los dos enamorados se separaron. Marta se reunió con su madre y el oficial pasó a los salones donde había varios grupos de invitados. Desde allí divisó el bufete atestado de gente. Era el mejor sitio para confundirse y confundir a los que le vigilaban, pues tan pronto como dejó de bailar dos oficiales de Gonzalón le siguieron los pasos. Con toda calma, igual que los demás asistentes a la fiesta, el conspirador se acercó al bufete y cogió un emparedado. Sus perseguidores le seguían a una discreta distancia. Salió de los salones para penetrar en las estancias que no estaban a la disposición de los invitados. Pasaba de una habitación a otra sin encontrar las ventanas de que le había hablado Marta y sentía que era vigilado de cerca. Desconociendo la estructura de la casa, comprendió que le sería muy difícil ganar una salida y decidió esconderse en cualquier parte. Subió y bajó escaleras, penetró en una y otra habitación para que los que le seguían la pista le perdieran y lo consiguió.

Los dos oficiales habían entrado en distintos sitios y no le hallaron. Era inútil buscar más y fueron a dar el parte al coronel Gonzalón.



—¡Se lo tragó la tierra!—dijo uno de ellos.

—¿Cómo es posible? Las puertas están guardadas y les he encargado a ustedes que no le perdieran de vista.

—Le hemos seguido al salir del bufete, pero ha sido tan hábil que nos ha despistado por completo.

—¡Es increíble!—gritaba el coronel.

—Estamos seguros de que no ha salido de la casa—agregó el oficial.

La noticia de la desaparición del espía exasperó a Gonzalón y así como en principio no quiso escándalo en los salones, ahora como lo que le interesaba era capturar aquel hombre que además de ser un espía era también un admirador de Marta, dió órdenes terminantes sin importarle nada que la fiesta terminara en fracaso.

—¡Que guarden todas las puertas y que no salga nadie de esta casa que no sea reconocido por la servidumbre o por mis oficiales!

La voz airada del coronel llegó hasta los salones, y la fiesta, que había empezado con tanta alegría, terminó con la nota trágica de la busca y persecución de un hombre, al que se fusilaría en el caso de encontrarle.

### EL TERCER ENCUENTRO

La habitación de Marta era una de las más hermosas y espaciosas de la casa. Tenía dos grandes balcones guardados con ricas cortinas de terciopelo y unos transparentes de batista y encaje que la guardaban de las miradas impertinentes de los vecinos. Un altar con la Virgen de Guadalupe colocado en sitio de honor, una mesa tocador, un sofá y la blanca camita en la recámara.

Sentada en el sofá se hallaba la señora Mirelles llorando por el fracaso de su fiesta. Se había quitado el traje de baile y empezaba a desprenderse de los tirabuzones postizos que habían adornado su peinado.

Marta también había empezado a quitarse su lujosa «toilette» y estaba la mar de contenta, aunque lo disimulaba.

—Tanta ilusión para esta fiesta, tanto gasto, tantos pasteles y total para nada...—comentaba la madre.

—Bueno, mamá, no importa, lo mejor ya había pasado.

El tono alegre de Marta sorprendió a su madre y la miró extrañada.

—Mamá, estás fatigadísima, yo también lo estoy, y lo mejor que podemos hacer es descansar, ya hablaremos mañana.

—Sí, hija mía, quería hablarte de lo mal que te has portado con Gonzalón, pero ya no me queda aliento.

—No hay que apurarse por esto, ya hablaremos otro rato. Dame un beso, mamá. Buenas noches. Nana Lupe, también puedes retirarte. Yo ya me arreglaré.

Salieron las dos mujeres del cuarto, y Marta, una vez sola, convencida de que su soldado había podido escapar, se dirigió hacia la Virgen para rezar. Nana Lupe entró de nuevo en la habitación.

—Niña Marta, por aquello de las dudas, si anda un espía suelto por la casa, es mejor que se cierre por dentro.

—¡Oh!—exclamó Marta, pero se calló el comentario que iba a hacer—. Gracias, Nana Lupe, seguiré tu consejo—y llegando hasta la puerta la cerró con llave.

Segura ya en su estancia, Marta se arrodilló ante la Virgen y empezó a rezar.

—Virgencita morena, madre mía, cuida de que no le pase nada, que haya podido escapar del peligro...

Las cortinas del balcón más grande, muy cercanas adonde estaba Marta rezando, se separaron y apareció el oficial perseguido.

Marta, que estaba de rodillas, se puso en pie y verdaderamente asustada, exclamó:

—¿Cómo? ¿Usted aquí?

—Intenté huir por una de estas ventanas, pero vea cómo está guardada la casa.

Ambos se acercaron a la ventana y levantando cuidadosamente el transparente vieron que había un espeso cordón de soldados en la calle y patrullas que montaban guardia.

—Pero usted no puede permanecer aquí. Esta es mi habitación.

—Le juro a usted que lo ignoraba. Recorri toda la casa y estas cortinas me parecieron que me ofrecían un refugio seguro.

—¿Qué hacer?

—No quiero ofenderla ni comprometerla, saltaré por la ventana y que me hagan prisionero, poco me importa.

El oficial se dirigió a la ventana y Marta corrió hacia él.

—No, no; esto es imposible, le cogerían en seguida y le fusilarían, no puedo consentir que por culpa mía caiga usted en sus manos. ¡Quédese! Tal vez al amanecer retiren la guardia y le sea fácil escaparse.

La situación era mucho más difícil y comprometida que en los salones donde podían hablar libremente. Solos ahora, cara a cara con su pasión, no encontraban palabras con que expresarse y ambos temían.

—Se trata de pasar la noche en vela—dijo Marta, fingiendo una serenidad que no sentía—. Yo descansaré en este sofá y usted quede de guardia en la ventana para escapar tan pronto como vea que desaparecen los soldados.

—Sí, creo que esto será lo mejor.

Marta se sentó en el sofá y el oficial se apostó en la ventana esperando el momento oportuno para la huida. Sus corazones latían al mismo compás; pero lo verdaderamente interesante era que el espía pudiera escapar y salvar la vida. Salvada ésta, mucho sería que el destino no les deparara la ocasión de ser felices. Marta había olvidado por completo su compromiso con Gonzalón.

Sentada de espaldas a la ventana para no ver al oficial, Marta rezaba a la Virgen pidiendo que le salvara. Fatigada por las emociones de aquella extraña noche, quedó dormida por más que hizo esfuerzos para permanecer despierta, y cuando abrió los ojos, los primeros rayos del sol penetraban en la estancia. Se levantó e instintivamente miró a la ventana. Todavía estaba allí el oficial de pie en su sitio. En su semblante se veían las huellas de una noche de angustia, y aunque habían transcurrido pocas horas, para ambos había sido aquella una noche suprema. Una noche velando para salvarse, los dos solos en la misma habitación sin haber cambiado una sola palabra, pero uno pertenecía al otro.

—¿Por qué no te fuiste?—dijo Marta, tuteándole con toda naturalidad.

—Los soldados no han abandonado un momento sus sitios. Han habido dos relevos de guardia y mira todavía cómo está la calle.

Los dos se acercaron a la ventana. El la cogió por la cintura.

—Mírame, Marta, qué me importan los soldados; quien me tiene prisionero para toda la vida eres tú.

No era posible resistir más, y cuando el oficial abrió sus brazos Marta quedó prendida en ellos y dejó que la besara. Se separaron.

—Hay que pensar en huir. Esto no puede durar más.

—No, no te marches, espera un poco.

—Por mi gusto me quedaría aquí siempre; pero comprendo el peligro que corres, Marta. ¿Me quieres?

—Hay preguntas que no deben hacerse. Sentémonos en el sofá y hablaremos. Luego, cuando te vayas, es muy posible que sea para siempre, que no volvamos a vernos jamás.

—Yo volveré, si logro escapar con vida. No voy a dejar que nadie me robe tu cariño.

—¿Quién sabe lo que va a ocurrir!

A primera hora de la mañana y mientras Marta y su oficial estaban absortos en su cariño, el coronel Gonzalón reunía a los oficiales que habían montado la guardia durante la noche.

—¿Es decir que entre todos, ustedes le han dejado escapar?

—preguntaba Gonzalón, indignado.

Entre los oficiales que esperaban órdenes se encontraba Pepe Mirelles.

—Estoy seguro de que no ha tenido tiempo de escapar—dijo el coronel—; permanezca escondido en alguna parte y hay que encontrarle, oyen ustedes, hay que encontrarle. Voy a mandar que registren todas las casas de la manzana, de una a una sin dejar rincón por registrar. Aquí tienen ustedes las órdenes.

El coronel entregó una orden escrita a cada uno de los oficiales. Pepe Mirelles examinó la suya y vió que era para registrar su propia casa.

—Mi coronel, esta orden es para que registre la casa de mi madre; usted comprenderá que esto me es violento...



—Tiene razón, teniente Miralles, podría usted ser parcial. Canjeéla con el teniente Delmar.

Los dos oficiales cambiaron los papeles y salieron de capitania dispuestos a cumplir la severa orden de su superior.

Marta y su conspirador estaban de guardia en la ventana ocultos por la cortina y vieron cómo se acercaba a la casa el teniente Delmar seguido de cinco soldados.

—¿Qué ocurrirá ahora?—preguntó Marta, asustada.

—Serénate, vida mía, ya veremos cómo salimos de ésta—y cogiendo las manos de Marta, se las besó apasionadamente.

—¡Es que han entrado en casa!

—Nada que no seas tú me importa nada...

—El peligro es grande ahora.

—¡Me entregaré!

—No, mi vida, no lo hagas...—y Marta se tiró al cuello del espía, abrazándolo cariñosamente—, nos entregaremos los dos.

—Marta, esto sería una locura; yo no puedo consentirlo.

—¿Qué me importa a mí la vida también sin ti!

La enamorada pareja continuaba abrazada ante el verdadero peligro, que ahora ya tan cerca estaba y la mirada de ambos convergió en la Virgen, para que les salvara en aquel terrible momento de su vida.

### LA DESPEDIDA

El teniente Delmar y sus soldados penetraron en el patio del palacio Miralles y entregaron la orden de registro a un criado, el cual la pasó a la señora. Esta salió al patio con el papel en la mano leyendo y relejendo aquel documento. Se sentó en un banco y dirigiéndose al teniente Delmar dijo:

—Una orden firmada por Arturo, ¿es posible?

—Señora, no sabe usted cuánto lo lamento, pero debo obedecer.

Nana Lupe se presentó en el patio y vió a los soldados dispuestos a entrar en la casa. Sin ninguna clase de miramiento les gritó:

—¡Limpiense las patas antes de entrar!

La señora Mirelles se encogió de espaldas ante la orden y autorizó la entrada al teniente y a sus hombres. Recorrieron toda la casa, los salones, comedor, despacho, galería, subieron al piso superior, entraron en una habitación, en otra, otra y otra, siempre seguidos de Nana Lupe, hasta que llegaron a la de Marta. Entonces fue el momento en que la fiel criada creyó oportuno intervenir.

—¡Aquí no entran! Mi niña está enferma y no entrarán.

—Aparten a esta señora—ordenó el teniente Delmar, y dos soldados intentaron coger a Lupe por los brazos, pero ella los sacudió.

—He dicho que aquí no se entra.

—Son órdenes y hay que obedecerlas—contestó Delmar.

—Lo serán para usted, pero no para mí—gritó Lupe, dispuesta a no ceder.

Los gritos de Lupe y la voz de Delmar habían llegado a oídos de Marta, quien, después de haber ocultado de nuevo a su oficial detrás de la cortina, abrió la puerta de su habitación y apareció serena y majestuosa.

—¿Qué pasa?—preguntó, dirigiéndose a Delmar.

—Vengo con una orden de registro en busca del oficial que ayer penetró en esta casa acompañando al visitante.

—¿Y esperan encontrarlo en mi recámara? ¡Pasen ustedes!

Marta abrió la media puerta que había quedado cerrada y haciéndose a un lado dejó pasar a los cinco soldados que acompañaban al teniente.

—Esta orden, teniente Delmar, además de ofenderme a mí, ofende también a los soldados del Imperio.

La calma, serenidad y belleza de Marta cohibían al teniente Delmar, quien comprendió que era insultante el registro en aquella habitación, y vencido por la joven dijo:

—Si una orden ofende a una dama, se desobedece. ¡Soldados, salgan de esta habitación!

La casa había sido registrada de arriba abajo, pero la habita-



Marta vió que el herido  
abrió los ojos y los fijaba  
en su semblante.



También el soldado se  
había dado cuenta de su  
presencia.



—¿Por qué no me lo  
dijo?



—(Marta) Nunca olvida-  
ré estas horas pasadas en  
tu compañía.





—Por mi gusto me quedaría aquí... —



—Me gusta mucho...  
—Y me gusta que seas...  
—Me gusta que seas...  
Jorge Negrete.



—Si una orden viende a una dama, se desobedece.



La novia estaba encantadora con su traje de ricos encajes y blanca mantilla.



—Cuando Gonzalo se enteró de que no han asegurado tu recámara, vendió personalmente...



—Se valeroso y piensa en que pronto volveré.



14 La ceremonia puede tenerse en cabo sin ninguna molestia.



15 Aparición de la novia.





—¿Por qué vienes? No  
quiero que me veas...



—No busques la muer-  
te. No quieras precipitar  
nuestro encuentro...



—El final se aproxima.  
lo siento venir.



—Es ya de madrugada y  
dentro de poco será la me-  
jor hora para huir.

ción de Marta había quedado sin registrar. Esto era un secreto de Delmar y estaba dispuesto a guardarlo.

Los oficiales regresaron a capitanía y todos rindieron su parte al coronel Gonzalón.

—¿Conque ustedes registraron todos los rincones de todas las casas y no encontraron al espía? Es que ustedes son unos torpes. Capitán Bermúdez, duplique la guardia y que no salga nadie de ninguna casa de estos alrededores sin que se le registre. Ya veremos si así logramos cazarle. Pueden ustedes retirarse.

Un ordenanza se acercó al coronel.

—Mi coronel, ahí fuera hay una señora que dice llamarse doña Lupe de Ibargoyen, que desea hablar con usted.

Fronzó el ceño el militar. No estaba para visitas.

—No la conozco, que presente su petición por escrito.

La puerta había quedado abierta y la visitante pudo oír muy bien las palabras del coronel. Sin gastar muchas ceremonias penetró en el despacho del militar.

—¿Cómo que no me conoce?—dijo Nana Lupe, dirigiéndose a la mesa detrás de la cual se hallaba sentado Gonzalón.

La presencia de la criada de los Mirelles no contrarió al coronel; antes al contrario, le hizo sonreír.

—¡Ah! ¿Es usted?

—¡Claro que me conoce! Ya se lo dije a ustedes—dijo, mirando a los ordenanzas que no la dejaban entrar.

—Pues, ¿qué le trae por aquí?

—He venido para devolverle el anillo de compromiso y demás chácharas que ha regalado usted a niña Marta. Está ofendida porque usted mandó registrar la casa, y Nana Lupe dejó encima la mesa una caja.

—¿Está enterada de esto la señora?—preguntó Gonzalón muy serio.

—Ya lo creo y está enferma del disgusto. Mandar registrar la recámara de niña Marta. ¡Esto es un insulto!

—Lo lamento muchísimo, Lupe, y le ruego que diga a su señora y a la señorita Marta que han de comprender que un soldado pertenece a su deber.

—Muy bien, don coronel, ya se lo diré.

Lupe puso en su misión toda la voluntad porque compartía la antipatía de Marta hacia el coronel.

Era indispensable hacer algo y el coronel mandó llamar al teniente Mirelles.

—¿Mi coronel?

—Teniente Mirelles, siento comunicarle que será usted trasladado a la costa.

—No será necesario que dé usted la orden, mi coronel, ayer noche presenté la instancia suplicando mi traslado.

—¡Ah! Entonces es mejor así.

—Sí, mi coronel, ¿Puedo retirarme?

—Tiene usted mi permiso, teniente Mirelles.

Marta había salvado la situación en el momento del registro que iban a realizar los soldados a las órdenes del teniente Delmar; pero el espía seguía en sus habitaciones y se debía buscar la forma de hacerlo salir de allí sin que le detuvieran. El amor propio del coronel Gonzalón no le permitiría perdonarle si lograba echarle mano y esto lo sabían de sobra Marta y el soldado.

Transcurrió todo el día sin que nadie más les molestara, y Marta, con el auxilio de Nana Lupe, pudo atender a su interesante huesped, sin que ni su madre ni su hermano sospecharan nada.

Cada hora que pasaba y el peligro que corrían ambos hacía aumentar la pasión que ambos sentían. En cuanto Marta podía dejar la compañía de su madre se retiraba a sus habitaciones para poder disfrutar hasta el último instante de la conversación y las atenciones de aquel hombre que pocos días antes había conocido en extrañas circunstancias y que ahora para ella era toda su vida.

Estaban los dos sentados en el sofá comentando alegremente las circunstancias que les habían reunido allí en la intimidad y querían olvidar con su charla el peligro que les amenazaba y aplazar la inminente separación que seguramente sería para toda la vida.

—Cuando Gonzalón se entere de que no han registrado tu recámara, vendrá personalmente a hacerlo — dijo el soldado, riendo.

—Es capaz, pero no hablemos de Gonzalón. Nos queda muy



poco rato de estar juntos y más vale no emplear estos hermosos instantes hablando de cosas feas.

—Tienes razón, Marta. Nunca olvidaré estas horas pasadas en tu compañía; en las que tú has afrontado toda clase de peligros para salvarme. Y... ¿por qué?, pregunto yo.

El la miraba cara a cara, admirando su plácida belleza. El semblante de la joven era triste.

—¿Qué aflige a mi vida?—preguntó él, solícito.

—Lo mismo que te ocurre a ti y que procuras disimular; pero cada minuto que pasa nos acerca más a la última despedida.

—Ahora soy yo quien te suplica que no pienses en cosas tristes.

—Es ya de madrugada y dentro de poco será la mejor hora para salir. Los que están de guardia estarán cansados.

—Será más fácil escapar esta noche que ayer, cuando estaban al acecho. Es seguro que ahora los soldados piensen que yo ya estoy muy lejos, después de haber registrado las casas sin encontrarme.

—No lo piensa así Gonzalón.

—Que piense lo que quiera.

—Si saltas por esta ventana y te escurres calle abajo sin hacer ruido, dudo que te vean.

—No temas, que no me verá nadie. Tengo la seguridad de que podré burlar la famosa guardia de tu coronel.

—¡Oh, qué horror!—exclamó la joven, temblando.

—¡Mi vida!

—Es muy triste que tengas que marcharte.

—Pero ya comprendes que no puedo permanecer oculto aquí por más tiempo. Mis compañeros de armas me esperan. Es la patria quien exige este sacrificio.

—Sí, claro, pero prométeme que vas a ser prudente.

—¿Cuántas veces he de decirte que lo seré?

Como tocados por un resorte, los dos enamorados se pusieron en pie. El la abrazó.

—Ha llegado la hora—dijo Marta, y se dirigió a una mesa donde ardían dos quinqués con la intención de apagar las luces.

—Un momento, Marta; no los apagues; quiero contemplarte así unos instantes para llevar tu rostro impreso en mis ojos.

Ella permaneció quieta mientras él la contemplaba y vió que las lágrimas asomaban a sus ojos. Corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Es ésta la mujercita valiente que me salvó dos veces?

—No quisiera entristecerte, pero no puedo más.

—Marta, tengo que marchar de aquí antes de que salga la luna y tú has de ayudarme. Si te veo llorar no podré marcharme.

—No me hagas caso, sabré dominarme.

Marta le ayudó a ponerse la guerrera, apagó las luces y ambos se acercaron a la ventana, abriéndola sigilosamente.

Había llegado el trágico momento.

—¡Mi vida! ¡Adiós!

—Espera—dijo Marta, y quitándose del cuello una cruz de brillantes pendiente de una cadenita, se la entregó. ¡Que esta cruz te proteja en tus andanzas! ¡Adiós!

Se abrazaron nuevamente, y él sin vacilar más saltó por la ventana. Marta encendió las velas del altarcito de la Virgen y se arrodilló para orar.

—¡Virgen Morena de mi alma, protégeme en su camino y haz que algún día vuelva a mí! ¡Dios mío, haced que no le pase nada malo, os lo pido con toda la fe de mi alma!

Un grito interrumpió la oración de la joven.

—¡Alto ahí!—se oyó gritar a un soldado y seguidamente sonaron dos disparos.

—¡Alto! ¡Alto!—iban gritando los soldados al mismo tiempo que disparaban sus fusiles.

La calle que momentos antes estaba tan silenciosa se pobló de soldados que obedeciendo las órdenes de sus superiores emprendían la persecución del fugitivo en todas direcciones.

Marta se separó del altar para acercarse a la ventana y observar más de cerca cómo se organizaban para perseguir a su amor. Hubiese deseado gritar que no salieran en su busca, que le dejaran escapar, que ella le amaba, pero no tenía fuerzas para nada y cayó de rodillas apoyada en la ventana para proseguir la oración que los tiros habían interrumpido.

Marta rezaba con prisa, con angustia, para que el cielo la escuchara, pero su cuerpo estaba rendido de fatiga y se quedó dormida sufriendo las más horribles pesadillas.

Un rayo de sol la despertó e instintivamente miró a la Virgen. Las velas estaban todas gastadas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Miró a la calle y vió que ya no había soldados. Tuvo el presentimiento de que su amor había sido apresado.

### LA IRA DEL CORONEL

Tanto o más fatigada que el día anterior, angustiada por no conocer el resultado de la huida, Marta ansiaba salir de su habitación para saber alguna cosa y salir de dudas.

Se arregló un poco ante el tocador y cogiendo una mantilla se dispuso a salir para ir a Misa.

Una llamada imperativa sonó en su puerta trayendo el consiguiente sobresalto. ¿Quién podía ser en aquella hora de la mañana? Abrió sin hacerse esperar y vió con horror que el coronel Gonzalón se hallaba ante su puerta acompañado de varios oficiales, entre éstos el teniente Mirelles. Todos tenían el aspecto de haber pasado la noche en vela y parecían fatigados. El coronel Gonzalón también estaba descompuesto, aunque más de ira que de fatiga.

La señora Mirelles y Nana Lupe también se hallaban presentes. De momento Marta se limitó a interrogar con solo la mirada.

—¡Muy temprano se ha levantado usted, señorita Marta! —dijo el coronel con ironía.

—Váy a Misa—repuso la joven, sosegadamente.

—¿A rezar por alguien?—preguntó con sorna.

—¡Tal vez!

—Pues le espera a usted una decepción. Hemos capturado al fugitivo y éste ha lanzado una acusación contra usted...

Marta escuchaba sin pestañear, parecía una estatua.

—... ha declarado que usted le ha tenido oculto en sus habitaciones un día y dos noches y que le ha ayudado a huir...

La joven miró de pies a cabeza al coronel y con toda calma dijo:

—Y usted, como perfecto caballero que es, le ha abofeteado por insultar a una dama.

—No, Marta.

—¿No? ¡Qué decepción más enorme, cuando yo había empezado a creer que era usted un perfecto caballero!

—No logrará usted engañarme con sus palabras.

—Ni usted tampoco, coronel Gonzalón; no han detenido ustedes al fugitivo.

—¡Buenos días, señorita... o tal vez señora!

Pepe Mirelles, que había estado escuchando el diálogo cruzado entre su hermana y el coronel, no pudo contenerse más al oír las últimas palabras de su jefe, y olvidándose de todo, dió un puñetazo en la cara de Gonzalón, quien, por no esperar aquel asalto, fué a caer contra una mesa que tenía a su espalda.

Todos los oficiales corrieron a auxiliarle y él mismo hizo cuanto pudo para recobrar el equilibrio. En cuanto se vió de nuevo en tierra firme llamó a su ayudante:

—Capitán Bermúdez, desarme al teniente Mirelles. Le juro a usted, teniente, que esta agresión a un superior le va a costar a usted la vida.

Estas palabras sembraron la consternación entre las tres mujeres, y mientras Marta perdía el dominio de sus nervios, la señora Mirelles se echaba a llorar, suplicando a Gonzalón que no se llevaran a su hijo.

—Capitán Bermúdez, por favor, no se lleven a Pepe.

—Señora, son órdenes que he de obedecer.

—Arturo, usted se ha dado cuenta de cómo nos insultó. Mi hijo no podía escuchar impasible lo que usted ha dicho a su hermana. Coronel, tenga compasión, le habla una madre, usted sabe cómo quiero a Pepe...

Las lágrimas de la madre y la pasión que él sentía por Marta, a la que veía ante él, fría e indiferente a todos sus halagos, le hizo reaccionar.



—Le pido perdón, señora, tal vez me he excedido; pero la provocación, no me negará usted que ha sido grande.

Marta no se había movido de junto a la puerta y seguía observando al coronel con sus ojos y él sentía la influencia de aquellas miradas. La quería con locura y presentía que jamás sería suya; por esto, ahora que las circunstancias le ofrecían una ocasión para coaccionarla, no quiso desperdiciarla.

—Estoy dispuesto a pedir excusas y al mismo tiempo reitero la petición de mano de la señorita Marta.

Esta vez la sorpresa estuvo del lado de la joven, que ya se había creído libre de las atenciones amorosas de su indeseable pretendiente.

—Marta, hija mía, ¿has oído a Arturo?

—Sí.

—¿Qué contestas?

Con el mismo tono de voz que hubiese contestado a su sentencia de muerte, Marta contestó:

—Le aceptó.

Era la segunda vez que se prometía en matrimonio con el coronel y cada vez le despreciaba más. Siempre imponiéndose y aprovechando la debilidad de su madre o de su hermano. No podía amarle y ahora menos que nunca porque su corazón ya no le pertenecía. Se lo había llevado el soldado conspirador y le sería fiel toda la vida. No sabía cómo podría librarse de Gonzalón, pero jamás sería su mujer.

—Arturo, y ¿mi hijo? ¿Qué le pasará?

—No se preocupe, señora, tengo quince días para pedir consejo de guerra; en estos quince días se seguirán los trámites para que yo pueda conducir a su hermana al altar. Es necesario que Pepe lleve a su hermana al templo y usted ya comprenderá que yo no puedo condenar a mi cuñado.

—Gracias, Arturo, usted siempre tan bueno con todos nosotros.

Gonzalón miró a Marta para ver si en sus ojos brillaba el mismo agradecimiento que en los de su madre y sólo vió en ellos indiferencia y desprecio. No le iba a ser fácil la conquista de aquella muchacha y menos ahora en que entre ellos andaba un conspirador.

Contrario a lo que había dicho Gonzalón, el espía había logrado burlar la vigilancia y ayudado por la obscuridad había podido ganar el campo sin que nadie le viera. Un soldado le había visto saltar por la ventana, pero sea porque estaría medio dormido o porque poco le importaba detenerle, el caso es que cuando le dió el alto el fugitivo ya se había puesto a salvo.

Estas noticias llegaron a oídos de Marta por mediación de Lupe, y su alegría fué enorme, sólo oscurecida por la nueva promesa que el coronel le había arrancado para salvar a Pepe.

Uno de los hombres del conspirador se había llegado hasta Marta para contarle que no debía temer nada, que él velaría por ella. Marta contó al emisario la última tentativa del coronel para hacerla su esposa y le rogaba que hiciera cuanto pudiera para salvarla.

Establecida ya la comunicación entre los dos enamorados, Marta escuchaba todas las noches la conversación del coronel sin hacerle caso porque su imaginación andaba con aquel valiente soldado que instalado en una fortaleza en lo alto de una montaña esperaba el momento oportuno para dar la batalla a las tropas del invasor y también preparaba la boda con la mujer de sus ensueños.

Apenas había transcurrido una semana y Marta se hallaba en la iglesia oyendo misa. En el púlpito había un sacerdote leyendo varias proclamas de matrimonio.

—Otro matrimonio, concertado entre el señor coronel don Arturo Gonzalón, soltero, de cuarenta y cinco años de edad, y doña Marta Mirelles, soltera, de veinte años de edad. Si alguno de los presentes estuviera en conocimiento de que existe algún impedimento para que estas bodas puedan llevarse a cabo, viene obligado a dar cuenta de ello a esta parroquia.

Marta escuchó estas amonestaciones como quien escucha su sentencia de muerte; pero tenía la esperanza de que podría huir antes de que llegara el día temido.

Un charro que estaba en la nave lateral del templo vió donde se hallaba Marta y fué a arrodillarse a su lado. Con mucho disimulo le mostró la cruz de brillantes que ella le había entregado antes de huir. Los dos cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Qué hay?

—Mañana al salir el sol debe usted dirigirse al santuario. Todo está preparado.

La alegría que sintió Marta en aquel momento casi la hizo dar un grito de alegría; pero se contuvo, ¡qué otro remedio le cabía! Ahora ya sabía a qué atenerse y que burlaría de una vez para siempre al coronel. Era la felicidad que al fin llegaba después de haberla hecho sufrir tanto. Levantó los ojos al altar y dió gracias al Señor por todas sus bendiciones.

### UNA BODA

Desde que la boda con Marta y el coronel estaba ya fijada para una fecha cercana, todas las noches iba él a pasar un ratito en compañía de su novia, ocasión en la que la joven se acostumbraba a sentar al piano para tocar alguna pieza y así ahorrarse la molestia de tener que hablar con un hombre al que detestaba. El coronel escuchaba pacientemente la música y rendía tributo a la mujer de sus ensueños, convencido de antemano que la tarea de conquistar a aquella joven sería más difícil que ganar una guerra.

Cuando todavía faltaban ocho días para la fecha del casamiento, el coronel Gonzalón hizo acto de presencia en casa de los Miralles, siendo recibido por Marta, custodiada por Nana Lupe, ya que su madre se hallaba ausente. Después de cambiadas las más breves palabras, la novia se sentó al piano y el coronel encendió un cigarro.

En un rincón estaba Nana Lupe cosiendo y maldiciendo los huesos del militar. Había transcurrido una media hora. Marta no se cansaba de tocar el piano, melodía tras melodía que le recordaban a su amor ausente mientras Gonzalón escuchaba con pa-



ciencia. Terminó el cigarro y se puso en pie. La joven también se levantó.

—Ha llegado la hora de marcharme—dijo el coronel.

—¿Sí?—dijo Marta, viendo llegada la hora de su libertad.

—Mis respetos a su señora madre, a la que ayer tampoco tuvo el gusto de ver.

—Está en la capital para ocuparse de mi equipo.

—¡Ah!—dijo satisfecho el coronel—. Es raro que no la haya acompañado usted, Marta; pero lo comprendo, es usted muy buena y no ha querido dejarme solo.

Vaciló unos instantes la joven y miró a su novio medio sonriendo. El creyó que al fin saldría una palabra cariñosa de su boca.

—Por cierto, coronel..., antes de mi boda quisiera hacer unos días de retiro espiritual.

Nada podía haber sorprendido más a Gonzalón.

—Pero la Semana Santa está muy lejos todavía.

—No importa, nada tiene que ver con ello el retiro que deseo hacer antes de casarme.

—Bien, si así lo desea tiene mi permiso. ¿Muchos días?

—La semana que falta para la boda.

—Estoy de acuerdo con ello. Buenas noches, señorita Marta.

—Gracias, coronel, buenas noches.

La fortaleza ocupada por los conspiradores cobijaba a todo un pueblo, pues en ella, además de los soldados, vivían también sus familias. La noticia de la boda de su jefe con la hermosa Marta Mirelles había hecho que se engalanaran todas las dependencias y esperan con alegría la llegada de los novios para rendirles su homenaje.

Antes de salir el sol Marta había abandonado su casa para dirigirse al santuario, donde conoció por vez primera a su amor, con el que iba a contraer matrimonio aquella misma mañana.

Los testigos de aquella boda serían nada más que tres de sus hombres más fieles y el sacerdote que bendeciría la unión. Todo estaba previsto y preparado para evitar que nadie interrumpiera la ceremonia y ésta pudo llevarse a cabo sin ninguna molestia. En cuanto fueron ya marido y mujer, seguidos de los testigos, se dirigieron a la fortaleza, donde les estaban esperando para festejarles. Hombres y mujeres se agolpaban en las ventanas de



lo que había sido un viejo convento y hoy era el cuartel general de los rebeldes que no habían querido acatar la orden del francés.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!—gritó una niña al divisar el grupito de caballos que ascendía la montaña.

No tardó mucho rato la caravana en trasponer el umbral de la fortaleza y los novios y sus acompañantes fueron recibidos con aplausos y vítores entusiastas de todos sus amigos.

Era un día de gran fiesta en aquel rincón de mundo, el de la boda de su jefe de armas, el valiente soldado que había sabido burlar el cerco que le pusiera el coronel González y el que con el auxilio de Marta, la que ahora ya era su esposa, podía de nuevo regir sus destinos.

La novia estaba encantadora con su traje de ricos encajes y blanca mantilla. La felicidad estaba pintada en su semblante y cada vez que miraba a su marido sentía que el corazón no le cabía en el pecho.

Desmontaron de los caballos y cogidos del brazo subieron hasta la terraza donde les aguardaban los demás oficiales con sus esposas.

—Mi esposa Marta Mirelles, el capitán Robles y su esposa, el capitán Aguirre y su esposa, y todos los demás que aquí ves son mis mejores amigos.

Los presentados estrecharon la mano de la gentil novia y las muchachas y jóvenes depositaron flores a sus pies. Los recién casados tomaron asiento en el sitio preferente y un grupo de guitarristas se acercó para cantarles unas trovas.

Avanzó uno de los trovadores y con gracia singular dedicó a la novia la siguiente canción:

#### Los trovadores

Señora, con su permiso  
vengo a cantar mi alegría,  
la historia de sus amores  
me llena de regocijo  
y me encanta su hermosura.  
¡Dios bendiga sus amores  
y los colme de alegría!

Una salva de aplausos iniciada por los novios sirvió de paga al gentil trovador, que tan galantemente les había saludado.

Un segundo cantante se adelantó:

Hace tiempo que admiraba  
una estrellita en el cielo,  
Miré y ya no la vi  
porque bajó hasta el suelo.  
¡Y la tengo frente a mí!

Más gritos de alegría y más aplausos animando a cantar a los trovadores. El tercero hizo su aparición:

Siempre viví descontento  
y lo decía en toda hora  
que le temo al casamiento.  
¡Me daba miedo, señores!  
Pero al verla tan dichosa  
bajo humilde la cabeza  
y aquí mismo les prometo  
¡que me caso con Teresa!

Al decir esto, el cantante dirigió la mirada hacia una muchacha muy bonita que se sofocaba y bajaba los ojos al ver que era blanco de todas las miradas y de las felicitaciones de sus amigas.

Los tres cantantes se unieron en coro y cantaron la siguiente canción:

A ser feliz voy también.  
¡Que vivan mucho los novios!  
Mucha dicha les deseamos  
y eterna luna de miel.  
Aquí terminan los trovos.  
¡Que vivan mucho los novios  
y todo les vaya bien!

Todos aplaudieron con entusiasmo y entonces uno de los guitarristas se acercó al novio.

—Ahora le toca cantar a usted, jefe.

—Con mucho gusto voy a complacerlos. ¿Está aquí la banda?

—¡Sí!

—Pues que me acompañe en un canto patriótico en el que todos cantaréis conmigo.

La banda se alineó y el gallardo jefe de los rebeldes se colocó ante los músicos. Una voz más Marta pudo escuchar aquella voz que la había cautivado la noche del baile en su casa.

### DULCE PATRIA

Oye el grito que brota del pecho  
de todos tus hijos que sufren por ti.  
Oye el canto de guerra de un pueblo  
que nada le importa luchar y morir.

Ven a darnos ayuda en la prueba  
de los que peleamos por la libertad;  
ven a darnos, ¡oh patria querida!  
valor indomable en la adversidad.

¡A luchar por la patria querida!  
Guerra a muerte al cruel invasor;  
demos todos por ella la vida,  
también por su suelo en gloria y su honor.

Mejicanos, la patria es primero,  
ella sufre vergüenza y dolor,  
más aquí están tus hijos guerreros,  
guardando y sufriendo el peñón del dolor.

Dulce patria, tu llanto y tu pena  
juramos tus hijos muy pronto aliviar.  
Sufre y llora la Virgen Morena,  
mirando a la afrenta que hemos de vengar.

Nada temas, tú, patria querida,  
porque ésto, tu pueblo, habrá de triunfar;  
cada gota de sangre perdida  
nuestros enemigos tendrán que pagar.

Vamos, pues, a matar enemigos,  
a acabar con la pérfida invasión.  
La derrota será su castigo,  
y la gran victoria, será nuestro honor.

Soldados, hombres, mujeres y niños se unieron al coro y el himno patriótico, cuyas estrofas habían llegado al corazón de todos, fué cantado con entusiasmo por centenares de voces.

La fiesta duró hasta primeras horas de la noche en que los novios se retiraron al piso alto de la fortaleza donde se les había arreglado su residencia.

Todo le parecía a Marta como un sueño. Aquellas gentes sencillas rindiéndole honores como si fuese su reina y por encima de todo su amor junto a ella anticipándose a todos sus deseos. ¡Era demasiada felicidad! Fugazmente cruzaba por su imaginación el recuerdo del coronel y procuraba ahuyentar aquel pensamiento. Ahora la dicha era suya y no iba a desperdiciar ni un solo instante.

Se retiró a la alcoba que le habían destinado y se quitó el traje que había usado para la boda. Mientras tanto su marido permanecía en la terraza con una guitarra en la mano que rasgaba perezosamente buscando una melodía para dedicar a su esposa. Marta apareció en la ventana.

—¿Me quieres?—preguntó ella.

—¿Quieres que te conteste?

—Sí.

—Oye, pues.

Sonaron unas lánguidas notas y el militar empezó a cantar.

#### SERENATA ROMANTICA

Cada estrella en la noche,  
te dirá que te quiero...

Cada flor en el día,  
te dirá que te adoró...

y en la aurora la alondra,  
te dirá que te espero...



y en la tarde sensual,  
te diré que te anheló...  
Yo no sé si a mi vida  
le atormenta otra alma...  
Yo no sé si este amor  
es locura o razón...  
Sólo sé que tus ojos  
me iluminan el alma...  
y prendida en tus labios  
se quedó mi ilusión...

Marta había abandonado su sitio en la ventana para ir a sentarse a los pies de su marido y así escuchar más de cerca aquel canto en el que ponía todo su corazón.

Dime que me quieres,  
flor de mi vida...  
que tu cariño,  
que tu cariño es para mí...  
Dí que me quieres, mujer divina,  
porque no puedo  
¡vivir sin ti!

Terminó la canción y quedaron mirándose. Ella le besó. El dejó a un lado la guitarra y cogió a Marta en sus brazos.

—¡Marta! ¿Por qué haces esto? ¿No ves que estoy loco por ti? ¿No tienes miedo de que te mate?

—No—contestó ella loca de felicidad—; a tu lado no temo nada.

—¡Te voy a matar!

Y ambos se fundieron en estrecho abrazo.

## LA GUERRA

Siguieron unos días en que Marta y su marido creyeron que el cielo había bajado a la tierra expresamente para ellos y aun cuando se estaban haciendo preparativos para hacer frente al invasor, todos los instantes en que podían estar juntos se olvidaban de cuanto les rodeaba para disfrutar de su felicidad. Ella veía cómo iban acudiendo los guerrilleros a la fortaleza y cómo todo iba adquiriendo un cariz bélico.

—¿Tú tendrás que ir con ellos?—preguntaba Marta a su marido.

—Soy el jefe y mi lugar está en primera fila.

—¿Cuántos días hace que estamos aquí?

—Todavía no hace una semana, mi amor.

Los ojos de Marta se nublaron. ¡Una semana! En su casa y el coronel la creían retirada en un convento y la esperaban con ansia.

—¿Qué le ocurre a mi Martita?

—Pensaba en mi casa.

—Pues hay que olvidarla, ya se arreglarán como mejor les convenga.

—Se imaginan que estoy en retiro espiritual.

—Que se imaginen lo que quieran, el caso es que estás a mi lado y no te separarás jamás de mí. Marta, dame un beso.

—¿Durará mucho esta lucha?

—Sí la suerte nos acompaña podemos hacernos dueños del poder en pocos días. El entusiasmo del pueblo que nos sigue es grande, y todo nos predispone al triunfo.

—¡Dios quiera que no te pase nada!

—El solo recuerdo de que tú me esperas aquí me dará fuerzas para dirigir a mis hombres y llevarles hacia el triunfo.

—Así lo creo y así lo espero.

A la mañana siguiente el clarín de guerra reunía a todos los hombres en la plaza de la fortaleza equipados y dispuestos para la lucha. Marta ayudaba a su marido a vestir el uniforme de guerrillero. Lo hacía sin lamentarse, aunque temblaba pensando en el momento de su partida.

—Sé valerosa y piensa en que pronto volveré.

—Procuraré ser valiente.

—Adiós, mi amor, mi Marta.

—Adiós, mi valiente guerrero, que no te falte suerte.

Desde lo alto de la torre Marta vió como la larga fila de soldados descendía hacia el llano en busca de una aventura que podía costar muchas vidas, y aun en el caso de una victoria podía ser que él no volviera. Esta idea la atormentaba constantemente. A ésta la substituía otra no menos terrible. Al día siguiente la esperaban en su casa. La fecha de su boda con el coronel González estaba ya fijada para dentro de pocos días. Si ella no regresaba a su casa la primera víctima sería su hermano Pepe y la segunda su madre. Por los sentimientos del coronel poco se preocupaba Marta. Era indispensable tomar una decisión, pero ella era ya la esposa de otro hombre, ¿cómo podría explicar esto sin incurrir en la ira del coronel y el desprecio de su madre? Sumida en un mar de dudas Marta continuaba mirando el desfile de guerreros que cada vez se veían más diminutos y acababan por parecer una cinta que se moviera por el camino. Ya no divisaba el uniforme multicolor de su marido ni el soberbio alazán. Marta se sintió sola en la fortaleza. Todas las mujeres cuyos maridos habían marchado sentían la misma impresión de soledad, pero ninguna como ella tenía ante sí un problema tan difícil de solventar. En su habitación había un cuadro de la Virgen. A ella acudió Marta.

—¡Virgen Morena, una vez más vengo a implorar tu ayuda! Ilumíname, dime lo que he de hacer.

La inspiración divina no acudía en auxilio de Marta.

—¡Dios mío! ¿Es que me he portado mal? No podía querer al coronel y no puedo contarle la verdad... Señor, venid a iluminarme.

Marta permanecía con la vista fija en el cuadro de la Virgen y al fin le pareció que ésta le sonreía.

—Haré lo que tú me mandes, Virgen querida, ayúdame a salir de este apuro.

Poco a poco se hizo la luz en el cerebro de Marta y vió el partido que debía tomar. Las lágrimas asomaron a sus ojos y lloró amargamente.

Habían transcurrido cinco días y hasta la fortaleza llegaron noticias de que el golpe de los guerrilleros no había sido afortunado. Poco a poco empezaron a regresar soldados conduciendo heridos y el resto de las fuerzas dispersadas acudía de nuevo a la fortaleza. Las mujeres ansiosas por saber quiénes eran los heridos examinaban todas las camillas que llegaban y esperaban el diagnóstico del viejo doctor para saber si los heridos eran graves.

¡Qué distinto era este espectáculo al del día de la boda de su jefe! El silencio era general y sólo se veían caras tristes.

Entre los últimos llegó el jefe. No había sido herido, pero llegaba maltrecho y fatigado. Una sola idea le mantenía en pie. Marta le esperaba. No llegaba a ella cubierto de gloria como hubiese deseado para dejar los laureles a sus pies; pero estaba sano y salvo. Se había perdido una batalla, no la guerra.

Después que hubo dejado a todos sus soldados en buenas manos y seguro de que el doctor cuidaba de los heridos, subió de dos en dos los peldaños de la escalera que conducía a sus habitaciones. La puerta estaba abierta.

—¡Marta! ¡Marta!—gritó alborozado.

Sólo el eco respondió a su llamada. Entró en la alcoba, pasó a otro cuarto, a la terraza, aquella terraza en que le había cantado con toda la pasión de su corazón.

—¡Marta! ¡Marta!

El silencio era absoluto. Las habitaciones aparecían en orden, pero era evidente que estaban abandonadas. Con paso ansioso volvió a recorrerlas una a una, esta vez sin pronunciar el nombre querido. La angustia más atroz atormentaba su alma. En la habitación habilitada para comedor le pareció ver algo blanco encima la mesa. Retrocedió. No le habían engañado los ojos. Una carta... Sin abrirla adivinó el mensaje que le traía y sintió miedo al tocarla. Era necesario salir de dudas y con una agonía como jamás había experimentado en su vida abrió el sobre. Era una



carta muy larga, varios pliegos de menuda escritura. Se le nublaron los ojos y por un instante no vió nada.

Hizo un esfuerzo para dominar sus nervios y empezó a leer:  
«Amor mío:

«Quisiera encontrar las frases más dulces y cariñosas para que esta carta te dijera el porqué me he marchado... Tu pesar al no hallarme esperándote será sólo comparable al que yo siento al arrancarme del sitio donde yo he conocido la única felicidad que existe en la vida.

«Siempre, desde el instante en que nos encontramos aquella mañana en el Santuario, cuna de nuestros amores, me di cuenta de que nuestras vidas habían sido unidas por el destino y que al fin nos habíamos encontrado...

«La vida de mi madre y de mi hermano están en peligro. Están en manos de un hombre que vengará el desprecio de que yo le he hecho objeto en sus personas. Es cruel y malvado, jamás perdonará mi ofensa y por esto es que voy hacia ellos, para intentar salvarlos. Mi vida está en peligro, pero no vengas. La Virgen Morena me salvará esta vez como te salvó a ti hace pocos días. Tal vez nos reunirá de nuevo. Soy tu esposa ante Dios y ante los hombres...

«Soy tuya y lo seré siempre. El problema que ahora se presenta ante mí es difícil y no sé de momento cómo lo afrontaré, sólo sé que jamás tendrás que avergonzarte de mí. Mil veces perder la vida antes que cometer una bajeza. Sé que Dios y la Virgen me ayudarán...»

No quiso continuar leyendo, era suficiente lo que había leído ya. Toda la guerra, toda la lucha le parecía insignificante ante la ausencia de Marta. El no podía continuar allí sabiendo que ella ya no estaba. Era monester salvarla de las garras del coronel. Y ¿si ella no tenía valor para confesarle que ya se había casado con otro? Un escalofrío corrió por el cuerpo del guerrero.

Saló del comedor habiendo tomado una resolución.

—¡Melquiades!—gritó, y acudió uno de sus hombres.

—Llama a los comisarios y diles que vengán a mi habitación. Al poco rato acudieron Aguirre, Robles y otros dos.

—Ahora que les tengo a ustedes aquí, quiero darles a conocer mi decisión.

La ausencia de Marta era ya conocida en la fortaleza.

—Pienso retirarme y dejar a ustedes el mando de las fuerzas.

—Jefe—dijo Aguirre—, conocemos el motivo de su determinación, y nosotros hemos de decirle que no podemos prescindir de usted. Sin su mando no valernos para nada.

—Agradezco estas palabras, pero mi resolución está tomada. Ya no me interesa la guerra.

—Somos amigos leales, déjenos que le ayudemos.

—Se trata de un asunto mío, muy mío.

—También es nuestro. Su esposa está en manos de nuestro enemigo. Nuestra obligación es ayudarle a rescatarla.

—¿Habían ustedes en serio?

—Jefe, para nosotros no hay más órdenes que las suyas. Diganos qué hay que hacer y cumpliremos cuanto ordene.

—Marta ha regresado a su casa para salvar la vida de su hermano y quién sabe si la de su madre también, porque contra ellos se habría dirigido el coronel Gonzalón al ver que no comparecía la que él quería por novia, le quisiera o no. Tengo entendido que la boda estaba fijada para mañana. Si nosotros podemos llegar a la población de madrugada y apoderarnos de la plaza, no debía sernos difícil rescatar a Marta.

—Tratándose de la celebración de la boda del coronel, los soldados estarán de fiesta y esto facilitará nuestros planes—dijo Aguirre.

—Sería conveniente mandar allí un carro con armas y tantos hombres como sea posible vestidos de paisano, para que no inspiren sospecha. Luego acudiremos nosotros con muchas fuerzas y así les cogeríamos de sorpresa.

—Muy bien, jefe.

—Quiero que antes de emprender la marcha lo mediten bien. La jornada será larga. Debemos andar toda la noche para llegar allí por la mañana.

—Nada nos importa, sólo queremos ayudarle.

—Pues... adelante, amigos míos, y que la suerte no nos falte. ¡Dios quiera que lleguemos a tiempo!—murmuró para sí el enamorado jefe.

## LA BODA INTERRUPTIDA

Marta había regresado a su casa de su aparente retiro espiritual y todos pudieron observar que la tristeza no la abandonaba. Cada día que la aproximaba más a la proyectada boda con el coronel más enferma se sentía. Hablaba muy poco y no hacía partícipe de sus pensamientos ni a su madre ni a Nana Lupe. El coronel apenas se atrevía a mirarla. La palidez de su semblante le hacía temer que enfermara antes de que pudieran casarse. La lucha que sostenía Marta consigo misma era de lo más cruel. ¿De dónde le vendría la salvación? Ella sentía que la Virgen correría en su ayuda antes de que la obligaran a casarse con el coronel.

Su madre había traído de la capital el equipo más lujoso y elegante que había podido adquirir y Marta lo miraba como si fuese su mortaja.

Nana Lupe observaba con angustia el semblante de su joven ama y temía que las cosas no andaban por el camino que debían.

La mañana del día en que debía celebrarse la boda amaneció hermosa. El sol penetraba a través de las cortinas de la habitación de Marta y sus reflejos le traían a la memoria otra mañana trágica también, pero llena de esperanzas.

La plaza de la población se iba llenando de mercaderes que con sus animales hacían allí su parada. Se hablaban en voz baja y procuraban no ser oídos de los soldados, que vestidos de gala paseaban por aquel lugar.

Una carreta grande cargada de paja apareció en la plaza. No inspiró sospecha a nadie porque su aspecto era corriente y muchas mañanas llegaba allí del campo para descargar paja. Se situó ante la fuente y el carretero se durmió en el pescante, mientras las dos caballerías abanicaban con su rabo las moscas que iban a picarlas.

La mañana iba avanzando lentamente. Los invitados acudían al palacio de los Mirelles, de donde saldría la boda. El coronel había procurado allanar todas las dificultades. La falta del teniente Mirelles había sido pagada con un par de días en el calabozo, y así hoy podía conducir a su hermana al templo. Pero el teniente Mirelles ya sabía ahora cuál era su verdadera situación y había tomado sus medidas.

Gonzalón estaba en la casa desde primera hora de la mañana, paseando por los salones que más tarde albergarían a todos los invitados. Cuando él fuera el marido de Marta les ofrecería un gran banquete. El hombre se sentía orgulloso. Marta seguía despreciándolo, bien se daba cuenta de ello, pero al momento en que había de ser suya llegaba paso a paso y una vez marido y mujer ya procuraría dominarla.

El teniente Mirelles cruzó el salón y vio al coronel. Este le llamó y el joven se acercó a oír lo que tenía que decirle.

—Mi querido amigo y mi teniente, tengo hecha una recomendación para usted...

—Mi coronel, hasta hace poco ignoraba cuál era nuestra verdadera situación y hace poco pedí a mi madre que me la revelara. Ahora conozco las deudas que ha contraído mi madre con usted y la he convencido de que en pago de ellas le haga entrega de esta casa y todo cuanto contiene. Aquí podrá usted vivir con Marta y mi madre yo yo nos marcharemos a la capital.

—Conocía esta resolución, su madre me la comunicó, y ya tengo preparadas las escrituras para que ella las firme antes de partir.

El teniente Mirelles quedó sorprendido ante tanto cinismo.

—No podía esperar menos precaución por parte de usted. ¡Pobre Marta!

La observación hirió en lo vivo al coronel, pero se contuvo y dejó que el joven oficial se alejara sin hablar más.

Acompañada de Lupe apareció Marta vestida de novia en el salón. Su semblante tenía la palidez de la muerte. Sus galas de novia parecían un sudario y no obstante estaba hermosa como nunca.

—¿Te sientes mal?—preguntó ansiosa su madre.

—Sí, mamá; pero me parece que podré llegar a la iglesia.



El coronel se acercó a Marta.

—Ha venido aquí para arreglar unas cosas, aunque dicen que es de mala suerte ver a la novia antes del casamiento... por más que creo que no hay peor suerte que casarse conmigo.

—¡Acaba usted de pronunciar una gran verdad, don coronel! —dijo Lupe, que no desperdiciaba ninguna ocasión para pinchar el amor propio del antipático pretendiente de su ama.

La plaza estaba, al parecer, atestada de aldeanos, cuando de repente sonó un cornetín militar y llegaron galopando muchos jinetes. Del carro de paja surgieron dos hombres que empezaron a repartir armas entre los que parecían pacíficos aldeanos y al mismo instante los soldados que montaban guardia en capitanía dieron el toque de alarma.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaba un sargento, y todos los soldados corrieron a buscar su fusil.

Tal como habían previsto los rebeldes, habían cogido de sorpresa a la guarnición y fué cosa fácil reducir al silencio a las fuerzas de la plaza.

A los primeros disparos Marta se había desmayado y la habían depositado en un sofá junto al que estaban su madre y Nana Lupe. Gonzalón también estaba allí cerca observando el semblante demacrado de la que aun creía podría ser su esposa.

Unos soldados al frente de los cuales iba el jefe de los rebeldes irrumpió en los salones de los Mirelles.

—¡Es inútil que resistan, nos hemos hecho dueños de la plaza! Hagan prisioneros a todos.

Obedecieron las órdenes y pronto el salón quedó desierto. El coronel, más astuto que los demás, se colocó detrás de una columna para ver si lograba escapar.

Los tres hombres de confianza del jefe se repartieron por el salón y uno de ellos vió claramente la maniobra del coronel. Al quedar la sala vacía, el militar vió el sofá en el que yacía Marta desmayada y junto a ella Lupe. Corrió rápidamente hacia allí, exclamando, asustado:

—¡Marta! ¡Marta! ¿Qué te ocurre?

La voz angustiada de aquel hombre tuvo la fuerza de hacer volver en sí a la joven.

—¿Por qué viniste? ¡No ves que me muero!

—No, Marta, estás bajo la influencia de un desmayo, pero tú estás bien, has de vivir para mí...

Desde su escondrijo en la columna el coronel presenciaba la escena y oía las palabras apasionadas de aquel oficial cuyo semblante no había olvidado, pero ahora se le ofrecía la ocasión para saldar cuentas. Frio y calculador, sacó la pistola del cinto y apuntó al amante de Marta que permanecía de rodillas junto al sofá en que ella descansaba. Pero Gonzalón no contaba con la vigilancia de un hombre que tenía a muy poca distancia. El hombre dejó que apuntara y cuando el disparo ya era inminente le dio un golpe en la mano con su machete que desarmó al coronel y le hizo prisionero. El ruido hizo volver la vista de Marta y esposo hacia Gonzalón.

Unos soldados rebeldes entraron en la sala y se les hizo entrega del coronel. Con un gesto muy expresivo, el hombre que le había desarmado dijo al que se lo llevaba prisionero:

—¡A este coronel despacharle pronto!

El salón de los Mirelles había quedado del todo desalojado salvo por Marta, Lupe y su marido.

—Ya ves con qué facilidad nos hemos desprendido del célebre coronel y ahora ya no tendrás nada que temer. Ya sabes que eres mía.

—Sí; pero me siento muy mal, he sufrido demasiado estos días.

—Te pondrás bien a mi lado y volverán los días felices.

Se le hacía difícil hablar a Marta y se limitaba a estrechar la mano del hombre a quien tanto amaba.

Uno de los soldados rebeldes entró en el salón.

—Jefe, una columna francesa avanza por la carretera.

La noticia era inquietante. El jefe se puso en pie, miró a Marta y mentalmente hizo recuento de sus fuerzas. No era posible hacer frente a una columna bien armada.

—Diga al capitán Robles que cubra la retirada; suelten a los prisioneros y traigan una camilla, rápidamente. ¡Marta, tú vienes conmigo! Ahora que te he salvado del peligro mayor de tu vida, no voy a abandonarte.

—¡Yo voy con ustedes!—gritó Nana Lupe.

—Sí, muy bien, nos pondremos a salvo en seguida.

Siguieron unos instantes de angustia hasta que fueron cumplidas las órdenes que había dado el jefe y al fin se pudieron poner en marcha sin que nadie les molestara. El camino hasta la fortaleza era un poco largo y se tuvo que recorrer con calma para no empeorar el estado de Marta, que cada vez parecía estar peor.

Cuando de madrugada llegaron a su destino, Nana Lupe la acomodó en la cama y se llamó al médico.

Marta había llegado casi desmayada al castillo. Ocho días antes llegó a él luciendo sus galas de novia, alegre y feliz. Ahora era ya presa de la muerte y ella lo conocía.

El doctor subió a reconocerla.

—Mi querida Marta, haga un poco de esfuerzo, piense que todos la queremos mucho. No tiene nada, es joven, debe luchar.

Le tomó el pulso pero ella no le oía. Había sufrido otro síncope, igual que en el salón de su casa.

Su marido había salido a la terraza. Se le hacía difícil contemplar la hermosura de Marta bajo el sufrimiento de una dolencia aparecida tan inopinadamente.

Salió el doctor de la habitación, dejando a la enferma al cuidado de Lupe, y fué a hablar con el soldado.

—¿Qué confianzas me da, doctor?

—Esta joven tiene el corazón destrozado. No puedo decir si resistirá horas o minutos. Volverá en sí y tendrá momentos de lucidez. No la deje, si no quiere hallarla muerta sin darse cuenta.

—¿No es posible hacer nada?

—La ciencia en estos casos no tiene medios para luchar. Marta ha sufrido muchísimo durante estos últimos días. Es indudable que ella sufría una enfermedad del corazón, que por haber llevado una vida apacible no se había manifestado; pero ante los sufrimientos y angustias experimentados desde que le conoció a usted se ha desarrollado en tal forma que es inútil intentar nada.

La sentencia del doctor no podía ser más fatal y parecía increíble cuando se veía a la joven tendida en la cama, tranquila, como si descansara.

Su marido se acercó a ella y le cogió la mano.

—¡Marta!

Ella abrió los ojos.

—¡Dios mío, si me la quitaran!

Con una mano débil que apenas tenía fuerza para levantarla del sitio donde descansaba encima la sábana ella le tapó la boca.

—Marta, no me dejes. Nos hemos conocido y nos hemos amado. Ahora que ya estamos reunidos para siempre, quédate conmigo.

No podía hablar y con la vista procuraba expresarle que tanto como él sentía ella la separación.

—Sólo vivo para ti. ¿Qué me importa nada de lo que pueda ocurrir? ¿Que me hagan prisionero, que me fusilen, todo me será igual sin tu cariño!

—No hables así—dijo Marta, haciendo un gran esfuerzo.

El le cogió la mano y escondió su semblante entre las suyas.

—Te querré siempre, siempre—murmuraba él en voz baja.

En un rincón del dormitorio Nana Lupe lloraba silenciosamente y la luz de la velita que adornaba el cuadro de la Virgen temblaba con el aire y llenaba la estancia de sombras.

El semblante de Marta daba a comprender que sufría, pero no se quejaba. Vino un momento de calma y pareció que recobraba fuerzas. El se animó.

—Marta, ¿te encuentras mejor?

—Sí; parece que me siento un poco aliviada, puedo respirar mejor. Dí que me quieres.

—Bien lo sabes que tú para mí serás la única mujer que habré en mi vida, sólo quiero pedirte que no me dejes.

—Mi vida ya no está en mi mano. Dios ha querido que fuese así.

—Hace tan pocos días que rebosabas salud y alegría. ¿Por qué te dejé?

—Porque tienes otras misiones en esta vida. Yo pronto sólo seré un recuerdo.

—¡Marta!

—¡Mi amor!

El esfuerzo de las palabras pronunciadas había sido grande para Marta, quien nuevamente cerró los ojos y respiró con dificultad.



Nana se acercó al lecho y cambió una mirada inquieta con el soldado.

—Es otro síncope. El pulso sigue regular, pero no podemos esperar nada.

—¡Ese maldito Gonzalón!

Marta abrió los ojos.

—No maldigas a nadie, Lupe, las cosas ocurren tal como deben ocurrir. Dame la mano. Tú volverás a ver a mi madre y a mi hermano. Les dirás que les he querido siempre mucho, que todo lo hice para salvarles. Que no lloren por mí, porque también soy feliz.

La pobre Nana Lupe no podía ocultar el llanto por más que se esforzaba.

—¡Cuánto te quiero, Nana Lupe! Tú me has ayudado siempre que has podido...

—Y seguiré haciéndolo...

—¡Hasta el último instante!—agregó Marta.

Sin poder contener los sollozos, Lupe salió a la terraza, llorando amargamente.

Marta miró a su marido.

—El final se aproxima, lo siento venir.

—No, no puede ser, cálmate, son solamente desmayos.

—No lo creas, ya no cabe el corazón en el pecho y siento que me ahogo.

Era tan real lo que decía la pobre enferma, que resultaba cruel querer llevarle la contraria. Su marido bajó la cabeza y ella con una mano que apenas tenía fuerza se la acarició.

—Debas ser valiente por mí, por nuestro amor.

—Procuraré serlo, pero es muy difícil lo que me pides.

—Cuando ya te encuentres solo y el dolor de los primeros momentos haya desaparecido, lee el final de mi carta. En él hallarás fuerzas para seguir adelante. ¿Harás lo que te pido?

—Haré todo cuanto me mandes, pero no me dejes.

—Dame un beso, éste será el último que me darás en esta vida y el primero de la nueva vida que empieza para mí. Allí te estaré esperando y allí volveremos a reunirnos para no separarnos jamás.

El la abrazó tiernamente y cerró sus labios con un beso.

El frío de la muerte heló los labios del soldado y se separó de su amada para contemplarla. No cabía la menor duda. Ya le había dejado, su alma había huido hacia las regiones celestiales, donde ya no tendría que temer. Cayó de rodillas junto al lecho murmurando una oración entre lágrimas.

—¡María, quiero ir contigo!

---

## Colección TAN... TAN... 1'50 ptas.

- Núm. 1.**—Era una gallina tan buena, tan buena, que ponía los huevos con jamón.
- Núm. 2.**—Era un cazador tan humanitario, tan humanitario, que sólo disparaba a los animales balas de algodón.
- Núm. 3.**—Era una ama de casa tan aficionada a las gangas, tan aficionada a las gangas, que fué a comprar un nene y le dieron cuatro.
- Núm. 4.**—Dedicado exclusivamente a los concursantes.
- 

No deje usted de coleccionar los

## CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Cancones mexicanos. . . . .	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones» . . . . .	1'— »
Creaciones de JORGE NEGRETE. . . . .	1'50 »
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA . . . . .	1'50 »
JORGE NEGRETE sus nuevas éxitos. . . . .	1'50 »

## EPILOCO

Los soldados franceses no se habían contentado con conquistar la población que minutos antes había estado en poder de los rebeldes. Su interés estaba en coger presos a los cabecillas del movimiento y a esto dirigieron sus esfuerzos.

El castillo fortaleza de los liberales era sobradamente conocido de los franceses y prepararon sus fuerzas para asaltarlo.

Descorazonado el jefe por la muerte de Marta, no hizo el caso que debía a los avisos que le daban sus soldados de que las tropas de Maximiliano iban adelantando hacia la fortaleza y aun cuando dió algunas órdenes para la defensa, faltó el ardor y el entusiasmo necesarios para defender el terreno palmo a palmo como era indispensable hacer.

Una noche sonaron unos disparos, cayeron muertos los centinelas del castillo y minutos después entraban las tropas, haciendo presos a todos los hombres que se hallaban allí.

Todos los oficiales con su jefe al frente fueron conducidos al cuartel general y se instruyeron los consejos de guerra.

A nuestro rebelde le resultaba una liberación aquella cárcel porque no podía olvidar a Marta y carecía de interés por todo cuanto le rodeaba. Solo lamentaba una cosa. Le habían despojado de la ropa que vestía y en la guerrera guardaba la carta de Marta. Por esto cuando el oficial fué a leerle la sentencia, pidió que le

ejecutaran con la misma ropa que vestía al momento de detenerla.

¿Atenderían su petición? Tal vez éste era el único pensamiento que le preocupaba. No tenía otro amor en esta vida y así acabaría una existencia azarosa y podría reunirse con la mujer que tanto había amado.

Amaneció y el preso estaba todavía sentado en su camastro. De un momento a otro entraría el oficial a buscarle para conducirlo ante el pelotón que debía ejecutarle. El sacerdote le había dado los últimos auxilios y toda su misión estaba terminada.

Pocos minutos habían transcurrido cuando se oyeron pasos en el corredor. El mismo oficial de la mañana anterior apareció seguido de dos soldados llevando una guerrera en el brazo y una carta en la mano.

Las enmohecidas llaves abrieron la reja de la celda y el oficial se presentó sonriente.

—¡Buenos días!

El reo no contestó.

—Mi general accedió a su petición y le devolvió la guerrera. En ella encontramos esta carta. Mi general la ha leído y ha decidido indultarle.

El francés tuvo que repetir cuanto había dicho porque el prisionero no se movía. Una segunda vez le convenció de que quedaba en libertad y aceptaba la guerrera y la carta. Las rejas quedaban abiertas de par en par para que saliera de nuevo al mundo. Un mundo que no ofrecía ningún atractivo para él. Las palabras del final de la carta de Marta acudieron a su memoria y mientras recorría los pasillos que le conducían a la libertad le parecía que oía la voz de Marta diciéndole:

«No busques la muerte, no quieras precipitar nuestro encuentro. No quiero que seas de los que huyen o claudican. Lucha y ya nos encontraremos...»

FIN



Todas las grandes  
creaciones de  
**JORGE NEGRETE**  
en  
**CANCIONERO**  
de



**JORGE NEGRETE**

1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano  
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no  
te rajes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los  
últimos de Filipinas, etc.

**JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA**

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere  
en Jalisco - La madrina del diablo  
y todas los éxitos del momento

**JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos**

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

**JORGE NEGRETE**

Canciones mexicanas

Una peseta

---

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.**

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco  
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo  
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,  
no te rajes!

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El ballarín pirata . . . Charles Collins  
 Melodía de Broadway . . Robert Taylor  
 Aguas de amor . . . Gene Raymond  
 Mister Fieramosca . . . Gino Cervi  
 Sepultado en vida . . . A. Nazari  
 Aventuras Pumpadour . . Kate de Nagi

Malicia rosa . . . Billy Bieger  
 Cupido sin memoria . . Ann Southern  
 María Ilona . . . Paula Wessely  
 El caso Vare . . . Clive Brook  
 Quimera de Hollywood . . Joan Fontaine  
 Los tres vagabundos . . Heinz Rühnart

## SERIE ALFA

2'50 ptas.

Subó, Toomay de los  
 niños . . . Subó  
 Tú cambiarás de vida . . M. Redgrave  
 Las dos niñas de París . . C. Barchon  
 ¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover  
 La última avanzado . . Cary Grant  
 Vacaciones juca Harvey . . Mickey Rooney  
 Margarita Gautier . . . Robert Taylor  
 Mortal sugestión . . . Ann Harding  
 Una chica insuperable . . Danielle Darrieux  
 Bajo manto de la noche . . Edmund Lowe  
 Alarma en el expres . . M. Redgrave  
 Crimen de medianoche . . Ramón Pereda  
 El signo de la Cruz . . Fredric March  
 El asesino invisible . . Walter Abel  
 Los dos pillos . . Jacques Tovar  
 Pygmalion . . . Leslie Howard  
 Mario Estuardo . . . Kath. Hepburn  
 Cuidado con lo que haces . . Michael Redgrave  
 Por la dama y el humor . . Paul Lukas  
 El día que me quieras . . Carlos Gardel  
 El pequeño lord . . . F. Bartolomew  
 Tarzán de las fieras . . Quinter Crabbe  
 Alhambra nocturna . . Greta Gynn  
 El misterio de Villa Rose . . Judy Kelly  
 Acusado . . . Dolores del Río  
 Fosa de hombres . . Mickey Rooney  
 La preferida millonaria . . Gene Raymond  
 Las peligrosas de la gloria . . James Cagney  
 La bella rebelde . . Ann Southern

Buscando fama . . . Don Ameche  
 Una mujer imposible . . . Jeffry Hugg  
 El hombre del Níger . . Victor Francen  
 Estraneo en luna de miel . . Hugh Sinclair  
 Andrés Hervey Tancos . . Mickey Rooney  
 Fruto dorado . . . Clark Gable  
 El secreto del marqués . . Fernando Falcón  
 Irene . . . Ana Nemes  
 Una hora en blanco . . Franchot Tone  
 La batalla . . . Charles Boyer  
 La familia Robinson . . Fr. Bartholomew  
 La muj. de las dos caras . . Greta Garbo  
 Luna Ilona . . . Jean. MacDonald  
 La hora radiante . . . Joan Crawford  
 Cuando ellas encausan . . Melvyn Douglas  
 El rapto de Laura . . . Jean Cocteau  
 Una chica se divierte . . Jean Arthur  
 Una mujer endiablada . . Lupe Vélez  
 El club 400 . . . George Murphy  
 La vuelta del rano . . . Gordon Harker  
 El gran jefe . . . V. Mac Lagen  
 Cuando los hijos se van . . Fernando Soler  
 Otra vez más . . . Ronald Colman  
 Juventud ambiciosa . . William Holden  
 El sospechoso . . . Charles Laughton  
 Matrimonio de inconveni-  
 nencia . . . Diana Barrimore  
 Una chica afortunada . . Jean Arthur  
 La dama del tron . . . Diana Curbin  
 Documento Z 3 . . . Isa Miranda  
 Zaza . . . Claudette Colbert

## 3 pesetas

Olivia . . . Kat. Hepburn  
 El duque de West Point . . Joan Fontaine  
 El nuevo zorro . . . John Carroll  
 Rutas infernales . . . John Wayne

Hombres intrépidos . . John Wayne  
 Kit Carson . . . John Hall  
 La ruta del este . . . Frankie Edwards  
 ¿Crimen o suicidio? . . Paul Kelly

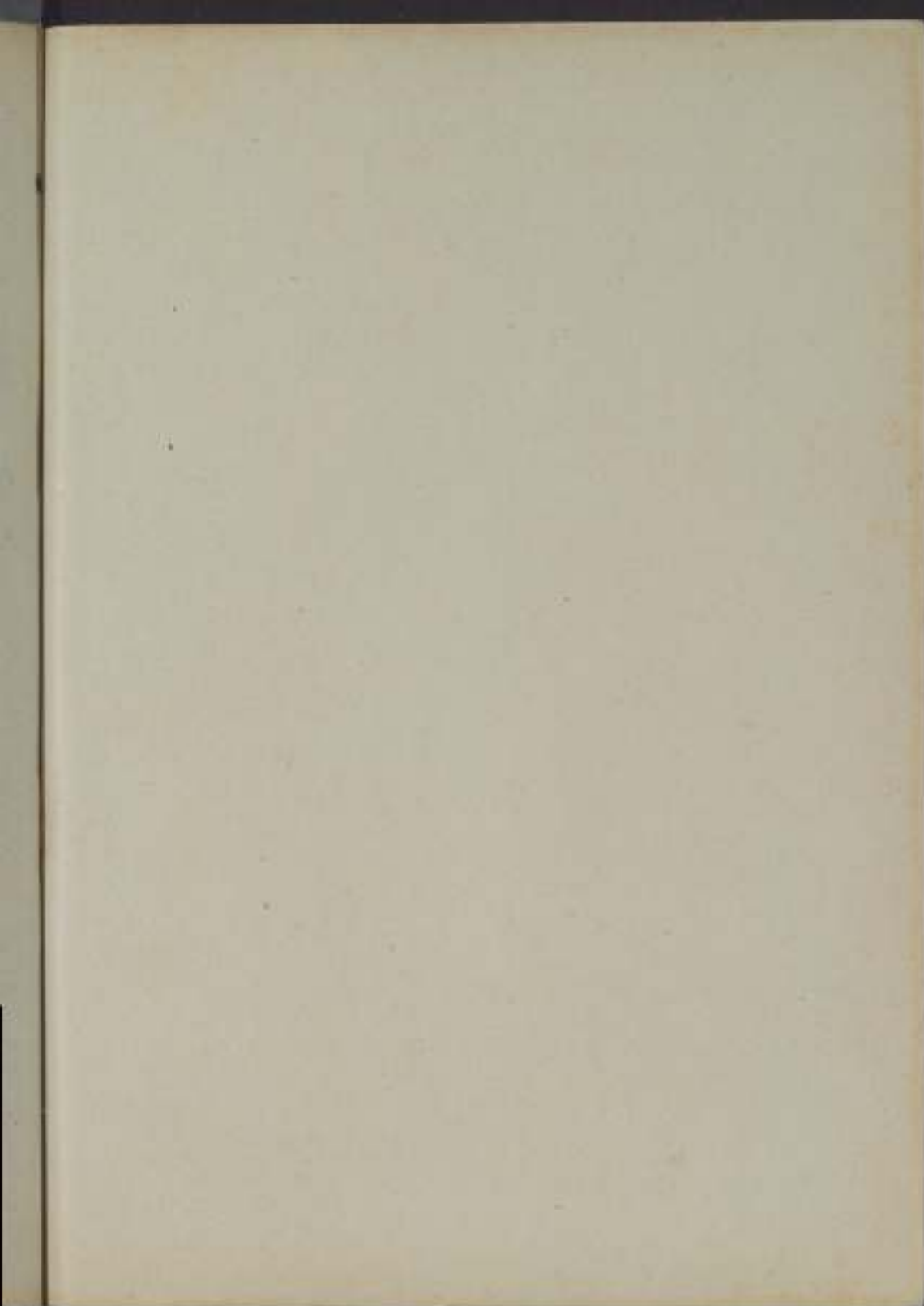
## SERIE ESPECIAL

3,50 ptas.

Cuando quiere un moji-  
 ceno . . . Jorge Negrete  
 Así se quiere en Jalisco . . Jorge Negrete  
 Diego Banderas . . . Jorge Negrete  
 Perjuicio . . . Jorge Negrete  
 Jorge Negrete. Biografía «Genio y Figura»

La cámara diabólica . . Flash Gordon  
 El rayo de la muerte . . Flash Gordon  
 La madrina del diablo . . Jorge Negrete  
 Soda, sangre y sol . . . Jorge Negrete  
 Sargento York . . . Gary Cooper

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



# CANCIONERO

de  Editorial ALAS

1' - peseta

PEPE BLANCO  
ANTONIO AMAYA  
ANTONIO MACHIN  
MANOLO CARACOL  
JUANITO VALDERRAMA  
BONET DE SAN PEDRO  
NIÑA DE LA PUEBLA  
CONCHITA PIQUER  
RAQUEL RODRIGO  
CARMEN MORELL



NEGRETE  
JUANITA REINA  
MANOLO SEVILLA  
EL PRINCIPE GITANO  
MIGUEL DE LOS REYES  
TOMAS DE ANTEQUERA  
IMPERIO ARGENTINA  
GRACIA DE TRIANA  
PEPE MARCHENA  
LOLA FLORES

## CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN  
BONET DE SAN PEDRO  
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL  
CANCIONERO ESTELAR  
PEPE DENIS

## COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE  
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA  
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS  
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

---

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

---

3'50 ptas.